El

Duro y el millón

EL DURO Y EL MILLON,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

por

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada en el Teatro del Príncipe.



N.° 223.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

PERSONAS.	ACTORES.
LUISA.	Doña María Rodriguez.
CRÍSPULA.	Doña Lorenza Campos.
DON PRUDENCIO.	Don Joaquin Arjona.
DON CÉSAR.	Don José Calvo.
DON MAURICIO.	Don Victorino Tamayo.
BERNABÉ.	Don Fernando Ossorio.
ELOY.	Don Antonino Bermonet.
JUAN.	Don Esteban Montilla.
MARTIN.	Don José Bullon.

La accion pasa en Madrid, en casa de Don Prudencio.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con lujo. Puerta en el foro, que por la derecha conduce á la escalera, y por la izquierda á las piezas interiores: forillo que guia á otros aposentos: dos puertas á la derecha del actor: otras dos á la izquierda: entre otros muebles habrá un velador y sobre él algunos libros, periódicos y folletos.

ESCENA PRIMERA.

CRÍSPULA.—DON PRUDENCIO.

(Críspula, vestida de medio luto y con sombrero, viene por el forillo: don Prudencio, en bata y gorro, sale por la puerta de la izquierda más inmediata al proscenio.)

D. PRUD. ¡Oh Crispulita! (¡Qué mal
suena en una vieja el *ita*!)
CRÍSP. ¡Amigo mio!
D. PRUD. ¿Ya estamos
de sombrero? (Pronto alivia
el luto.)
CRÍSP. Sí; voy á ver
si está ya del todo lista
mi nueva vivienda; que hoy
la quiero estrenar.
D. PRUD. No hay prisa...
(Sí tal.)

CRÍSP. Bastantes molestias
le he dado á usted. ¡Veinte dias
de hospedaje!

D. PRUD. Calle usted
por Dios, que me ruboriza...

CRÍSP. Pero en la casa mortuoria
mi corazon se oprimia...

D. PRUD. Ya.

CRÍSP. Y aunque acaso abusé
de nuestra amistad antigua...

D. PRUD. ¡Oh!...

CRÍSP. Con un testamentario
como usted, no era precisa
mi asistencia...

D. PPUD. ¡Pues! Se hizo antes
el inventario... Ahora iba
al cuarto de usted...

CRÍSP. ¿Sí? Gracias.
Le excuso á usted la visita.

D. PRUD. Sentémonos.
(Se sientan.)

CRÍSP. ¿Qué hay del Banco?

D. PPUD. *(Dándole un papel.)*
Ahí tiene usted trasferida
en forma la propiedad
de las cien acciones, limpias
de polvo y paja, que el bueno
de don Adrian poseia
y hereda usted.

CRÍSP. Tantas gracias...

D. PRUD. Á mí no; al muerto.—¡Bonita
herencia!

CRÍSP. Sí. Las acciones
bien redituarán por cima
de seiscientos duros.

D. PRUD. Eso
por lo ménos.

CRÍSP. Y las fincas
de que tomé posesion
ayer...

D. PRUD. ¡Tres casas magníficas!

CRÍSP. Me darán una con otra
cada año de renta líquida

sus dos mil duritos.

D. PRUD. Largos.

CRÍSP. Y en numerario y vajilla, etc...

D. PRUD. Otro caudal.

CRÍSP. Todo lo hizo en Filipinas
mi excelente tio.

D. PRUD. Si.

CRÍSP. Dios le dé gloria infinita.

D. PRUD. Amén. Para quien le hereda
vale mas, aunque corrija
la frase vulgar, un tio
en gloria que un tio en Índias.

CRÍSP. Nunca le habia tratado.
Ya ve usted; ¿quién va á Manila...

D. PRUD. Ya se entiende...

CRÍSP. Le ocurrió
venir á acabar sus dias
en Madrid...

D. PRUD. Sí. Por Enero
entró en esta heroica villa.

CRÍSP. Cayó enfermo el pobrecito...

D. PRUD. Acostumbrado á otro clima...

CRÍSP. Al momento que lo supe,
me vine de Andalucía,
para asistirle...

D. PRUD. Ya; el deudo,
la caridad... (¡La codicia!)

CRÍSP. Pero ya estaba *muy grave*
cuando abrazó á su sobrina.

D. PRUD. ¡Grave... ¿Por qué... ¡Ah! Ya comprendo.
Lo dirá usted por los síntomas...

CRÍSP. Pues claro está. Asi se dice...

D. PRUD. (¡Pobre lengua de Castilla!)

CRÍSP. ¡Ay Dios! En cuatro semanas
le mató la homeopatía.

D. PRUD. *(Como escandalizado.)*
¡Señora, qué ha dicho usted!

CRÍSP. ¿Yo? Acaso algun *lasuslingua...*
(Con las manos en las caderas.)
El mal lo tenia aquí.

D. PRUD. Pues se llama hipocondría.

CRÍSP. Justo. Como una no entiende

esas palabras *latinas*,
se trabuca... El pobre tio,
sabedor de mi desdicha,
se acordó de mí en su última
voluntad.

D. PRUD. (Segun noticias,
chocheaba ya el pobre hombre.)

CRISP. Así pagó mis vigilias.
¡Mucho le he cuidado!

D. PRUD. ¡Oh!

CRISP. ¡Mucho
le he llorado!

D. PRUD. ¡Ah!

CRISP. ¡Y qué lucidas
exequias!

D. PRUD. Sí; mas con tal
herencia, no es maravilla...

CRISP. No me lo llevo yo todo.
Para limosnas y misas
ha dejado seis mil reales,
y á Lupercio y Celestina,
que son otros dos sobrinos
suyos, media taleguita
á cada uno.

D. PRUD. Poco es
estando en la misma línea
de parentésco.

CRISP. No tal,
que era yo la mas propincua...

D. PRUD. (Á la cabecera.)

CRISP. Pues;
porque yo soy masculina.—
Es decir...

D. PRUD. Entiendo. En fin,
Dios le dé á usted larga vida
para gozar de la herencia.
Yo he cumplido con justicia
y celo mi comision,
y la doy por fenecida.

CRISP. Gracias; mas doble fineza
será si usted me administra...

D. PRUD. No puedo. El tiempo me falta...
Los negocios me atosigan...

CRÍSP. Me buscára usted al ménos,
porque sin él soy perdida,
un buen administrador.

D. PRUD. Bien.

CRÍSP. Hay cosas que una misma
no puede...

D. PRUD. Cierto.

CRÍSP. Mi estado...

D. PRUD. Es claro. Una señorita...

CRÍSP. Y delicada.

D. PRUD. ¿De qué?

CRÍSP. De salud.

D. PRUD. ¡Qué! ¿todavia
hay... nérvios?

CRÍSP. Las convulsiones
no son, tiempo ha, tan continuas.

D. PRUD. Celebro.

CRÍSP. Mas como soy
tan sensible, se me crispan...

D. PRUD. (*¡Verbum caro...*)

CRÍSP. Si oigo ó veo
algo que afecte las fibras
del corazon.

D. PRUD. ¿Si? ¡Cuidarse!

CRÍSP. Lo haré.

D. PRUD. Viva usted tranquila,
y pues los duelos con pan
son ménos...

CRÍSP. Si; eso me anima.

D. PRUD. Un buen marido tal vez...

CRÍSP. ¡Pche!...

D. PRUD. Lástima es que no viva...

CRÍSP. ¿Quién?

D. PRUD. Mi pobre amigo César...

CRÍSP. (*Levantándose y tambien D. Prudencio.*)
¿Él? ¡Calle usted! Me horroriza
su nombre.

D. PRUD. Usted le adoraba.

CRÍSP. Años há que su perfidia
me hizo detestarle tanto
como le quise algun dia...
¡por mi desgracia!

D. PRUD. Hartas fueron

las suyas, y merecian...

CRÍSP. (*Con tono declamatorio y exaltándose cada vez mas.*)
¡Perjuro! No por cariño,
sino por miras políticas,
me hizo la corte. ¡Oh falacia
sin ejemplo!

D. PRUD. Asi decian,
pero...

CRÍSP. Sí, señor; mi padre,
que Dios perdone, tenía
mucho influjo y en su mano
los votos de tres provincias.—
¡Necia de mí, que dí crédito
á sus palabras de almíbar!
¿Por qué me la dió de esposo
si no habia de cumplirla?
¡Vil seductor!... Ya se ve;
yo era inocente y sencilla...

D. PRUD. El daba allá sus razones...

CRÍSP. De pié de banco.

D. PRUD. Que habia
moros en la costa...

CRÍSP. ¡Falso!

D. PRUD. Que él fue el seducido...

CRÍSP. ¡Vibora!

D. PRUD. Los ataques epilépticos,
que son, segun los juristas,
causa dirimente...

CRÍSP. ¡Júdas!...

D. PRUD. Que dió usted en la manía
de hacer comedias...; mal digo;
tragedias caseras...

CRÍSP. ¡Ira
de Dios...

D. PRUD. Y haciendo el papel
de Medea, ó Proserpina...,
no sé cuál, fué tanto el miedo
que usted le causó...

CRÍSP. ¡Mentira!

D. PRUD. Y al cabo, si fué perjuro,
cara pagó su falsía.
Usted por la vez primera

le hizo probar vengativa
el pan de la emigracion.

CRÍSP. Si ese manjar sabe á acíbar,
¿es ¡gran Dios! plato de gusto
el verse una escarnecida,
burlada, como otra Dido,
como otra Ariadna en la isla
de Naxos... Si, don Prudencio;
Soy su mártir, soy su víctima,
y al recordarlo, mis músculos
tiemblan..., mis ojos se eclipsan...
¡Ay!... Yo fallezco.
(Se desmaya en brazos de D. Prudencio.)

D. PRUD. ¡Señora!...
No alcanzo á la campanilla...
¿Qué haré... Un pellizco tal vez...
Probarémos.
(Pellizca en un brazo á Críspula.)

CRÍSP. ¡Ah!

D. PRUD. ¿Suspira?

CRÍSP. *(Incorporándose.)*
¿Dónde estoy?

D. PRUD. *(Ayudándola á sentarse.)*
Aquí. (Pues hizo
su efecto la medicina.)
¿Qué ha sido eso?

CRÍSP. Nada. Un vértigo...

D. PRUD. Agua...

CRÍSP. No se necesita.
(Oliendo un pomito que lleva pendiente de un cordon ó cadena.)
Siempre llevo éter conmigo...

D. PRUD. (¡Peste!) Bien.

CRÍSP. Y esto me alivia.—
Con que, en efecto, ¿murió
aquel ingrato...

D. PRUD. Sí; en Suiza.
Ya ha tres meses que se supo
de oficio.—Pero sería
mejor no hablar de él...

CRÍSP. Sí. Ya
se apagó la última chispa
de aquel amoroso fuego.

La Providencia divina
vela por mí. Él ya es difunto...

D. Prud. (¡Caro amigo!..)

Crísp. Y yo soy rica.
Si él existiera, quizá
por compasion de sus cuitas...
No; mejor es que la inmensa
eternidad nos divida.

D. Prud. Así como así, en los genios
eran ustedes antípodas.

Crísp. Cierto; y ahora tendré novios
cuantos quiera; y no estantiguas,
como él lo sería ya,
sino pollos de la cria
nueva.

D. Prud. ¡Eso, eso! (Está loca.)

Crísp. *(Mirando su reloj y levantándose.)*
Pero es tarde y tengo prisa...
Guardaré en el escritorio
la inscripcion nominativa
y saldré por la otra puerta.
Adios.

D. Prud. Abur, Crispulita.
(Vase Críspula por donde vino.)

ESCENA II.

D. Prudencio.

Confesemos que la tal
Crispulita es personaje
trágico de todas véras,
y que en no serla constante
tuvo sobrada razon
mi amigo que en paz descanse.
Lo que no comprendería,
si todo no lo explicase
esa desapoderada
ambicion que ha sido el cáncer
de su vida, es cómo pudo
ser solo un dia su amante,
porque...

ESCENA III.

DON PRUDENCIO.—LUISA.

LUISA. *(Saliendo de la habitacion de la derecha más próxima al foro.)*
¡Papá...
D. PRUD. ¡Luisa mia!
Ven...
(La abraza y Luisa le besa la mano.)
Hoy acabas muy tarde
tu leccion de arpa.
LUISA. No; pero
hasta que usted acabase
el coloquio...
D. PRUD. Pues me hubieras
ahorrado con entrar ántes
un lance de melodrama.
LUISA. Ya deseo que se marche:
que es tan grotesca...
D. PRUD. Esta noche
dormirá ya, Dios mediante,
en su nueva habitacion
de la plazuela del Angel.
(Sentándose. Luisa se sienta tambien.)
Siéntate. Tenemos mucho
que hablar, y de cosas graves.
LUISA. ¿Graves? ¡Santo cielo...
D. PRUD. Sí;
pero no te sobresaltes,
que no te voy á anunciar
ninguna horrible catástrofe:
al contrario.—Ahora bien, quiero
que, ante todo, me declares
si es libre tu corazon.—
No te sonrojes. ¡Qué diantre...
LUISA. No es libre..., porque es de usted.
D. PRUD. ¿Todo, todo mio? ¿Nadie
me disputa su dominio?
LUISA. Nadie; ni seria fácil.

Educada en un colegio
con el rigor que usted sabe,
no ha seis meses que gozosa
vivo al lado de mi padre
querido. Dentro de casa
tengo una aya que me guarde,
y sin usted ó sin ella
no salgo nunca á la calle.

D. PRUD. Es forzosa sujecion;
bien lo conoces. No obstante,
amor travieso se cuela
por el ojo de una llave.—
Ni te culparia yo
porque á algun jóven amases
digno de tí; pero ya
que tu corazon no late
por ninguno, lo celebro
porque eso cuadra á mis planes.

LUISA. ¿Planes...

D. PRUD. Sí. Ya supondrás
que se trata de casarte.
El yerno que tengo *in péctore*,
despues de un maduro exámen,
es... Pero ántes que te diga
su nombre y sus cualidades,
es forzoso detenerme
en ciertos preliminares.—
Paisanos y condiscípulos
y de una edad casi, casi,
Don César Garcés y yo
éramos inseparables
amigos desde la infancia;
lo que se llama uña y carne.
Sin embargo, diferíamos
en ideas y en carácter;
que tambien, como el amor,
suele gustar de contrastes
la amistad. Yo era mañoso,
cauto, sóbrio; él arrogante,
ambicioso, emprendedor;
yo, sin salir de mi cauce,
siempre estuve por lo sólido,
lo positivo y estable;

él por lo heróico y sublime;
yo en la tierra; él en el aire...
Solo en ser á cuál mas pobre
éramos los dos iguales.
Así en nuestra juventud,
yo un domingo y él un mártes,
dijimos muy huecos: cata
á Periquito hecho fraile;
yo, porque en mí pecador
se proveyó una vacante
de meritorio en valores
con tristes cuatro mil reales;
él, porque obtuvo la mano
de una dama interesante,
y con un millon de dote;
que fué chiripa notable.
Otro lo hubiera empleado
en casas, en olivares,
ó lo hubiera puesto á rédito...;
pero él desdeñó—¡alma grande!—
esas ideas mezquinas
y esos cálculos vulgares.
Sin mirar á que fué pronto
padre de un robusto infante
echó carretela y tílburi,
y á los cinco años, en bailes,
juego, convites,... ¡adios
millon! *Requiescat in pace*;
millon que hiciera feliz
á otro hombre menos orate,
y á él le trajo larga série
de zozobras y pesares.
Arruinado ya, aceptó
una comision en Cádiz,
con la cual solo ganaba
para no morirse de hambre.
Pasados otros cuatro años
murió del cólera Cármen
su mujer.—¡Pobre señora!—
Vuelve César á instalarse
en Madrid; no se resigna
á una pobreza humillante,
y para cumplir su afan

de hacer ruido á todo trance
y reparar su derrota,
ve una ocasion favorable
en el restablecimiento
de las patrias libertades.
Con sus buenas relaciones,
su talento;—porque era hábil
para todo;—su osadía...
y un pulmon de piedra jaspe,
pronto brilló en la tribuna,
en la prensa, en todas partes;
fué diputado seis veces
y no sé cuántas alcalde,
empresario, senador,
gran cruz aquí y en extrángis,
ministro de la corona...
LUISA. ¿Y son esos los desastres...
D. PRUD. ¡Ay! bajo el lauro frondoso
hervia, bramaba el cráter,
y aquella aparente gloria
era el infierno de Dante.
LUISA. ¡Cómo...
D. PRUD. Hoy triunfaban los suyos,
y mañana sus rivales;
siempre en vela, siempre en lucha,
ya se la veia en auge
por ensalmo, ya pasaba
de la poltrona á la cárcel;—
del Capitolio á la roca
Tarpeya, hablando en lenguaje
técnico; y la oposicion
le achicharraba la sangre,
y envejecia á galope,
y se aniquilaba á escape,
y en cierta ocasion faltó
poco para fusilarle,
y emigró dos ó tres veces;
y por fin, lleno de achaques
y disgustos y pasiones,
lejos de los patrios lares
á este mundo de miserias
ha dado el último vale.
LUISA. ¡Pobre señor!

D. PRUD. Yo entretanto,
sin soñar triunfos ni altares,
y buen ciudadano siempre,
pero huyendo de afiliarme
en las huestes de ningun
partido beligerante,
en el nuevo órden de cosas
fui descubriendo *paulatim*
cien medios de desplegar
mis instintos industriales.
En poco tiempo, sin agios
ni trapisondas ni fraudes,
reuní un capitalito
que hubiera sido bastante
á mis modestos deseos;
mas como luego contraje
matrimonio con la santa
de quien eres fiel imágen,
y aunque pobre á la sazon,
era de ilustre linaje,
por ella multipliqué
mis tareas, mis afanes;—
por ella y por tí, hija mia,
dulce fruto de un enlace
que era mi orgullo... ¡ Ay! en breve
lo deshizo inexorable
la muerte.

LUISA. ¡Ah!

D. PRUD. ¡No quiso Dios
tomar mi vida en rescate
de la suya!

LUISA. ¡Oh madre mia!

D. PRUD. Desde aquel amargo trance
entera te consagré
la ternura inagotable
que antes feliz repartia
entre la hija y la madre;
y á tu porvenir mirando,
por más que el oro á raudales
llovia Dios en mis arcas,
nunca tenía bastante.

LUISA. ¡Padre amado!... Pero yo
no quiero que usted trabaje

tanto...

D. PRUD. Tú creerás que aun vivo
remando... No. Todo lo hace
mi crédito. Los negocios
más saneados me salen
al encuentro, y á docenas
se los cedo á mis cofrades.
No obstante, ya he liquidado
con muchos corresponsales,
y en lo que resta de mes
dejo de ser negociante
para vivir de mis rentas
como un príncipe de Gáles.—
Pero ¿en qué vendrá á parar
ese prolijo romance?
dirás tú. Vas á saberlo.
Rico, bien quisto, boyante,
no hay quien su puerta me cierre
ni quien mi mano rechace.
En las tres aristocracias
del oro, el genio y la sangre
pudiera elegir un yerno;
mas la amistad invariable
que profesé al desgraciado
Don César, las relevantes
prendas de su hijo Mauricio...

LUISA. ¡Qué oigo! ¿Quiere usted casarme
con él...

D. PRUD. Sí. ¡Qué guapo mozo!
En nada ha salido al padre.
Le confió á mis desvelos,
y á fé que no lo hizo en balde.
¡Qué talento! ¡Qué cordura!
¡Qué carrera tan brillante!
¡Tan jóven, y ya es togado!—
Ni yo he querido fiarme
de sus cartas y de informes
que pudieran ser parciales.
Poco antes de que salieses
tú del colegio hice un viaje...

LUISA. Sí; ya recuerdo...

D. PRUD. Pues fuí,
como un espía, á observarle

de incógnito... ¡Es una alhaja!
Bien puedes felicitarte...

LUISA. Mas sin tratarle no puedo...

D. PRUD. ¿Quién dice que no le trates?
No exijo que ciegamente
suscribas á mi dictámen;
que eres mi hija, no mi esclava.

LUISA. ¡Oh bondad!

D. PRUD. ¿Soy yo algun cafre?
Os veréis, os trataréis,
y si las dos voluntades
no se conforman... Hoy llega
á Madrid.

LUISA. ¡Ah! ¿Luego el catre
nuevo...

D. PRUD. Es para él.—Ya tarda.

LUISA. ¡Cómo!... ¡Ay Dios mio! Este traje...
Permítame usted...

D. PRUD. ¿Qué importa...
Tú siempre estás elegante
y bonita.

LUISA. No; es preciso...

D. PRUD. *(Riéndose.)*
Bien.

LUISA. No ajusta bien al talle
esta bata.

D. PRUD. Bien. Celebro
que desees agradarle.

LUISA. Voy pues...
(Yéndose á su cuarto.)
(¿Y si no me gusta?
Me están temblando las carnes.)

ESCENA IV.

DON PRUDENCIO.

(Tirando del cordon de la campanilla.)
Yo tambien me vestiré,
que he de salir...
(Llega Martin por donde salió don Prudencio.)

ESCENA V.

DON PRUDENCIO.—MARTIN.

MARTIN. Señor...
D. PRUD. Dame
el frac azul...
MARTIN. Bien está,
señor.
D. PRUD. Un pañuelo, guantes.
(Entra Martin en la habitacion de don Prudencio.)
Sí; se amarán, y aunque póstumo
tributaré este homenaje
á mi amigo... ¡Ah! Si él viviera,
seria un gozo inefable
para mí...
(Vuelve Martin con lo que pidió don Prudencio y le ayuda á vestirse.)
MARTIN. La bata...
D. PRUD. Tira...
(Ya hace dos horas mortales
que debió llegar el huésped,
pero como hay tantos baches
en el camino, las lluvias
lo habrán puesto intransitable.
(Tomando de Martin los guantes y el pañuelo.)
Mas si voy al parador
y él viene por otra calle...)
(Á Martin, que le presenta el sombrero.)
Ahora no. Déjalo ahí.
(Deja Martin el sombrero sobre un mueble.)
JUAN. *(En la puerta del foro.)*
Señor...
D. PRUD. *(Á Martin, y este se retira por donde vino, recogiendo la bata.)*
Nada mas.

ESCENA VI.

DON PRUDENCIO.—JUAN.

D. PRUD. ¿Qué traes?
JUAN. Por usted pregunta un jóven...
D. PRUD. ¡Ah!...
JUAN. Que acaba de apearse
de la diligencia.
D. PRUD. ¡Él es!
¿Y le detienes, alarbe?
JUAN. Como soy nuevo en la casa...
D. PRUD. Díle que pase adelante.
¡Qué alegría!
JUAN. *(Yéndose.)*
Bien está.
D. PRUD. ¡Corre! Y á Ramon que enganche.

ESCENA VII.

DON PRUDENCIO.—BERNABÉ.

D. PRUD. *(Saliendo al encuentro de Bernabé y abrazándole.)*
¡Ven á mis brazos!...
(Reconociéndole y desviándose.)
¿Qué es esto?
¡Tú en Madrid!
BERN. ¡Tio querido!
D. PRUD. ¿Qué sucede? ¿Á qué has venido?
¡Responde!
BERN. (¡Malo me he puesto!)
Solo mi cariño fiel
me conduce...
D. PRUD. ¡Hum!...
BERN. (¡Es bravio!)
A los brazos de mi tio,

porque no me hallo sin él.
D. PRUD. Pues yo me halló bien sin tí.
BERN. ¡Es posible!...
D. PRUD. Y ni es sincero
tu cariño...
BERN. ¡Oh Dios!...
D. PRUD. Ni quiero
que me lo pruebes asi.
BERN. Yo juro...
D. PRUD. ¡Dar ese pago...
BERN. ¡Oiga usted!...
D. PRUD. Á mis oficios
de padre, á mis beneficios...
BERN. Yo...
D. PRUD. Siempre serás un vago.
BERN. Eso...
D. PRUD. Calla y no me enfades.
Saliste de colegial
con una superficial
tintura de humanidades,
y luego, jurando á Dios
que lo hacias muy de véras,
emprendiste dos carreras...
y abandonaste las dos.
BERN. Se oprime el genio en las aulas...
D. PRUD. ¡Genio tú!... ¡Y así lo siente!
Gran Dios, ¿esto se consiente
habiendo en Toledo jaulas?
Por fin, aunque solo un bieldo
merecia tal sobrino,
te proporcioné un destino
con diez mil reales de sueldo;—
que fué cargo de conciencia
habiendo tantos cesantes;—
y á los cuatro meses..., ántes,
vuelta á Madrid con licencia.
BERN. ¡Es Burgos clima tan frio!...
D. PRUD. Te negocié una permuta...
BERN. ¡Para Córdoba! En Calcuta
no es mas ardiente el estío.
D. PRUD. Callé, sufrí..., y á mi costa
luego fuiste á Santander.
BERN. ¡Buen pueblo!, pero ¡un llover...

No me prueba aquella costa.
D. Prud. ¡Voto á briós!... Pues ¿á qué lado
girâras ya... ¡No hay paciencia!...
Y ahora ¿quién te dió licencia ...
Bern. Nadie: yo me la he tomado.
D. Prud. ¡Maldecido... ¡Oh juventud
loca!—Pues ¿no ves...
Bern. Ya veo...
D. Prud. Que perderás el empleo?
Bern. ¡Eh! para poca salud...
D. Prud. ¡Poca salud...
Bern. Sí señor.
Mi espíritu se anonada,
mi talento se degrada
en puesto tan inferior.
D. Prud. ¿Se ha visto igual petulancia?
Bern. Pagando un *hotel garní*,
no un triste zaquizamí,
vistiendo con elegancia,
y para teatro, baño,
café, tabaco exquisito...,
por lo ménos necesito
treinta mil reales al año.
D. Prud. ¡Pues!—Hé aquí la cantinela
que hoy entonan á porfía
mocosos que todavía
iban ayer á la escuela.—
Pero, siendo un perdulario...
Bern. Yo...
D. Prud. ¿De dónde sacas hoy...
Bern. Pero ¿olvida usted que soy
sobrino de un millonario?
D. Prud. ¿Y te deben algo á tí
mis millones, botarate?
Bern. No, pero justo es que trate
de honrar á mi tio.
D. Prud. ¿Sí?
¡Esa traza llevas tú!
Bern. ¿Me niega usted su asistencia?
D. Prud. Sí.
Bern. Pues bien; la independencia
es mi norte y mi Perú.
D. Prud. ¡Ba!

BERN. Esa crueldad no me arredra.
Con dramas y gacetillas
mi pluma hará maravillas
desde Calpe á Pontevedra.
D. PRUD. ¡Bravo!
BERN. En Córdoba, en Cantabria,
por mis doctos manuscritos
saben ya los eruditos
quién es Bernabé Sanabria.—
Yo esperaba mas agrado
del pariente á quien me postro,
siquiera porque mi rostro
está ya litografiado.
D. PRUD. ¡Cómo!...
BERN. Sí, señor; ya campa
seudónimo en un folleto;
que aun no he dado,—soy discreto,—
mi propio nombre á la estampa.
Así excito el interes
dando mi cara por muestra,
que es una obra maestra:
cuya, se sabrá despues.—
Pero usted ha visto ya...
D. PRUD. ¿Qué?
BERN. El folleto...
D. PRUD. (*Entre dientes.*)
¡Será alhaja!
BERN. Lo envié con una faja...
D. PRUD. No sé... Por ahí estará...
BERN. ¡Qué oigo! ¡Tál desprecio ha hecho
usted...
D. PRUD. Con tántos negocios...
Y si algo leo en mis ocios,
son cosas de más provecho.
BERN. Obras tengo de más fuste
que esa bagatela; pero
no hallo impresor ni librero
que éntre conmigo en ajuste.
(*Dándose una palmada en la frente.*)
¡Ah! ¡Soberbia idea!
D. PRUD. ¿Cuál?
BERN. Hágase usted mi editor...
D. PRUD. ¡Yo!

BERN. Y en poco tiempo...
D. PRUD. ¡Horror!
BERN. Duplica su capital.
D. PRUD. ¡Ba!... ¡Miren por qué registro
me sale!...
BERN. Es negocio...
D. PRUD. ¡Aparta!
BERN. (¡Oh tio atroz!)
JUAN. *(Llega con una carta, que entrega á don Prudencio, retirándose en seguida.)*
Esta carta
de su excelencia el Ministro.
(Don Prudencio abre la carta y la lee para sí.)
BERN. (Un tio apacible y pródigo,
vaya, pase; pero un tio
tan huraño como el mio
debe estar fuera del código.)
D. PRUD. (Me llama... Me espera... Iré.
(Guardando la carta y tomando el sombrero.)
El ferro-carril del Norte...)
BERN. Con que ¿me da pasaporte
mi tio...
D. PRUD. Oye, Bernabé.
Pobre como tú nací;
más, porque el hado inclemente
no me deparó un pariente
que hiciese nada por mí.
No he heredado ningun predio,
dije, luego aquello de:
»Con el sudor de tu...» ¿eh?
me coge de medio á medio.
Y me soñé en el emporio
de la fortuna aquel dia
en que tras larga porfia
me nombraron meritorio.
Aspirando, sin embargo,
á vivir independiente,
no me ceñí solamente
á desempeñar mi cargo.
Oliendo lo que venia,
en vez de echarme en el surco,
iba á la calle del Turco
á aprender taquigrafía.

Sin faltar á la litúrgia
de empleado hombre de bien,
tomé lecciones tambien
de química y metalúrgia.
Pero sin ayuda externa
mál podia yo hacer casa
con la dotacion escasa
de plaza tan subalterna.
Por fin, pelechar consigo
con un negocio seguro
prestándome un peso duro
don César mi buen amigo.

BERN. ¡Es hazaña...

D. PRUD. No comun;
pero ello es que de tal suerte
me ingenié, que el peso fuerte
no se me ha acabado aún.

BERN. ¡Hacer esa maravilla
un duro!

D. PRUD. Sí, Bernabé.—
¿Lo creyeras!... Yo inventé
los fósforos de cerilla.
Así y con tan corta suma
fuí mi fortuna labrando;
murió luego el Rey Fernando,
y creció como la espuma,
porque hubo ya mil resortes
que tocar, y me valía
mucho la taquigrafía
en el jurado, en las Córtes;
y ya bien relacionado
entré en mas pingües negocios;
puse giro, tuve socios,
compré papel del Estado,
fincas... En resolucion,
ya el meritorio es un Creso,
y cada real de aquel peso
me ha producido un millon.

BERN. ¡Gran Dios!

D. PRUD. Y á nadie defraudo...

BERN. (Hay fortunas insolentes.)

D. PRUD. ¿Qué estás diciendo entre dientes?

BERN. Nada; que admiro y aplaudo...

D. PRUD. Ahora dí: quien su caudal
ha adquirido de tal forma
y siempre tuvo por norma
ser probo, cauto y formal;
quien remó así dia y noche
¿quieres que dé barro á mano
á un sobrino casquivano
para que triunfe y derroche?
No te pase por las mientes
semejante idea. Vive
á tus anchas, viaja, escribe...,
pero conmigo no cuentes.
Lo único que haré por ti
es alcanzarte el perdon
de tu loca desercion.
BERN. Yo...
D. PRUD. Por hoy, quédate aquí.
BERN. ¡Ah!
D. PRUD. Y mañana á Santander...,
ó á California si nó,
á la Icaria...; adonde yo
no te vuelva más á ver.

ESCENA VIII.

BERNABÉ.

¡Me echa! ¡Me cierra su bolsa!
¡Tu sagrada voz desoye,
próvida Naturaleza,
porque él es rico y yo pobre!
¿Qué sobrino, santo cielo,
desde Cornelio Nepote
hasta la fecha, fué víctima
de iniquidad tan enorme?
Esto clama á Dios venganza;
esto...

ESCENA IX.

BERNABÉ.—LUISA.

LUISA. ¡Papá...
BERN. (¡Linda jóven!—
¡Ah! Mi prima...)
LUISA. *(Cortada.)*
Yo...
BERN. Ha salido...
LUISA. (¡Es Mauricio!)
BERN. (¡Son dos soles
sus ojos!)
LUISA. (Sí, el traje...) Usted
llega ahora...
BERN. Sí: del coche
diligencia me apeé
habrá unos trece ó catorce
minutos...
LUISA. Muy bien venido
sea usted...
BERN. Gracias. (Me acoge
mejor que el papá.) Mil gracias.
LUISA. Mas ¿qué veo! Esas facciones...
BERN. Pues ¡qué!... (¿Me tendrá por otro?)
LUISA. ¡Qué sorpresa!
BERN. ¿Cuándo ó dónde...
Hasta ahora nos conocíamos
entrambos solo de nombre...
LUISA. Tál creí, pero...
BERN. (Me mira...,
sonrie... Mi *coram vobis*
hace efecto.) Esa sorpresa
¿de qué nace... (¡Qué buen golpe
fuera...)
LUISA. *(Tomando de encima del velador el folleto á que ántes se aludió y mostrando la estampa á Bernabé.)*
Esta litografía
por mí responda.

BERN. (¡Mi cróquis!...)
¿Tánta habrá sido mi gloria
que en ese bosquejo informe
se hayan fijado indulgentes
tus ojos encantadores?
LUISA. Yo ignoraba... ¿Quién dijera...
BERN. Prosigue; no te sonrojes...
(¡Oh fortuna!) Almo pudor
hace salir los colores
á tu lindo rostro. ¡Oh Luisa!
¿Será un delirio, una torpe
decepcion lo que me anuncia
gozosa el alma? Responde.
Al ver en mí original
y con todos los resortes
de la vida ese facsímile
que no dice oste ni moste,
¿qué siente tu corazon?
LUISA. Mi corazon... no es indócil...
BERN. ¡Ah!...
LUISA. Y cree ya sin violencia
en las predestinaciones.
BERN. (Esto es hecho.) ¡Hermosa mia!...
LUISA. Y pues estamos acordes...
BERN. Sí, sí.
LUISA. Y pronto en santo lazo
nos unirá el sacerdote...
BERN. (¿Qué escucho!)
LUISA. Sin liviandad
puedo decir al consorte
que me destina mi padre...
BERN. (¡Oh!)
LUISA. Que cumpliré sus órdenes
con sumo placer.
BERN. (¿Qué es esto?
Si para yerno me escoge,
¿cómo tan airado... Tienen
estos señores mayores
caprichos...)
LUISA. Ese silencio...
BERN. No en tu disfavor lo gloses;
es que el gozo me embelesa,
y me extasía y me absorbe...

¡Oh cara Luisa!

LUISA. ¡Oh Mauricio!

BERN. ¿Eh? (¡Cayó en ruinas la torre
de mi soñada ventura!)

LUISA. ¿Qué veo! Otra vez inmóvil,
mudo...

BERN. (Á otro ha destinado
su mano el tio y su dote;
no hay duda.)

LUISA. ¿Cuál es la causa
de tantas cavilaciones?

BERN. (Y ella me ama; sí; hácia mi
correr he visto á galope
su corazon. La conquisto
en ménos de un paternóster,
¿y he de resignarme ¡oh Dios!
á que un quidam me la robe?)
¡Luisa, Luisa!

LUISA. No comprendo...
Juzgaré, si usted no rompe
el silencio, que otro amor...

BERN. *(Con la mano en el pecho.)*
No; por el Dios que nos oye
te juro que aqui perene
más que en lámina de bronce
tengo grabada tu imágen;
pero el hado... (El tiempo corre...
Se descubrirá el enredo...)
¡Luisa, soy leal, soy noble!
(Hagamos del ladron fiel.)

LUISA. No lo dudo...

BERN. Y aunque llore
mi franqueza, yo... soy yo,
y no puedo ser otro hombre.

LUISA. Pero...

BERN. Yo no soy Mauricio.

LUISA. ¡Santo cielo!...

BERN. Y solo un drope
para prendar á su dama
falsifica el pasaporte.

LUISA. (¡Fatal error!) ¿No es usted
Mauricio!

BERN. Ni Gil, ni Cosme,

ni... Soy Bernabé.

LUISA. ¡Mi primo!

BERN. Tu primo, sí; mas no es óbice
el ser primo para amarte
mas que amó Céfalo á Prócris
y mas que Píramo á Tisbe
y mas que á Vénus Adónis.
Y si no mintió tu labio
cuando entre perlas y flores
premió con dulces acentos
mis amorosos trasportes,
yo reino en tu corazon,
Luisa, no ese monigote
intruso, por mas que un padre
temerario te lo endose.

LUISA. Yo... (No sé qué responderle.)

BERN. Aqui no hace nada el nombre.
Yo soy el propio individuo
litografiado por Lopez
que miraste con agrado
aun antes de ver el molde:
soy el que has favorecido
con miradas que los dioses
envidiarian y halagos
que enternecieran á un roble;
luego entre Mauricio y yo
uno es forzoso que sóbre,
y el que sobra es mi rival,
y yo debo ser tu cónyuge;
que no es de sesudas hembras
amar por partida doble.

LUISA. Pero es Mauricio, no usted,
el novio que me propone
papá.

BERN. Sin haberle visto...

LUISA. Nunca.

BERN. Ya; será algun prócer...

LUISA. No.

BERN. Algun millonario...

LUISA. Ménos.

BERN. Pues siendo así, ¿qué razones
le obligan á decidirse
por un yerno tan mediocre?

LUISA. Ser hijo de un tal don César
con quien tuvo relaciones
de amistad.

BERN. Yo soy su deudo,
que es mas; y á mí me conoces;
á él no.

LUISA. De vista.

BERN. Los ojos
siempre fueron los mejores
intérpretes del amor;
y pues yo no soy miope,
ni tú...

LUISA. No hay cariño sólido
sin que en el trato se apoye,
y nosotros...

BERN. ¿Ya te olvidas
de las predestinaciones,
ingrata? ¿Ya no recuerdas
que unánimes y conformes
desde la infancia latian
nuestros tiernos corazones?
Dos años tendrias tú,
que aun ibas con andadores,
y yo siete, que son quince
para los genios precoces,
cuando partia contigo
mis juguetes, mis bombones,
y ya en pueril jerigonza
te requeria de amores.

LUISA. No hago memoria...

BERN. (Ni yo.)
No habrá quien de ello se asombre.
¡Tan párvula!... Yo, bien mio,
aunque en diverso horizonte
crecimos, siempre te amé;
siempre fuiste único norte
de mis pensamientos, Luisa.
Yo en mi mente desde entónces
ví progresar por instantes
tus gracias, tus perfecciones,
y á ser pintor, te pudiera
retratar en cuatro toques
como fuiste á los nueve años

y como fuiste á los doce.

LUISA. ¿Será verdad?

BERN. ¡Si, ángel bello!

LUISA. Mas si mi padre se opone...

BERN. Tal vez; y acaso de mí
te dará malos informes;
te dirá que sin sosiego,
como si tuviese azogue
de pueblo en pueblo vagando
cruzo valles, salvo montes...
Y te dirá la verdad;
mas no te dirá que el móvil
de tal movilizacion
es que no encuentro en el orbe
fuera del que Luisa habite
un lugar que me acomode.
Así herido el jabalí
huyendo á través del bosque
mas y mas se clava el dardo
que en sus entrañas esconde;
así...

LUISA. ¡Basta!

BERN. ¡Luisa mia!
Te juro...

LUISA. ¡Oh! no me atolondres.

BERN. Tú me amas... Sí; no lo niegues,
y mi alma te corresponde.
Una insinuacion paterna
no es la espada de Damócles.
Resiste, impugna, emancípate,
que contra padres feroces
hay vicarios complacientes
y códigos protectores.

LUISA. No; ¡jamás!

BERN. Pero, á lo ménos,
insta, llora, gime, arrójate
á sus piés, dile que me amas;
¿Sí?

LUISA. Pero...

BERN. Y al fin y al postre
cederá. Es padre...

LUISA. ¡Dios mio!

BERN. Y tú eres su única prole.

(Asiendo una mano de Luisa y en ademan de arrodillarse.)
¡Ten piedad!

LUISA. Bien; si; veremos...

BERN. Mira que ya estoy al borde
de la desesperacion...

LUISA. ¡Cielos!...

BERN. Y no bien otorgues
el si perjuro, daré
un escándalo á la Córte.

LUISA. ¡Bernabé!...

BERN. Si; fiero tósigo,
ó áspero cordel, ó estoque
punzante me borrarán
de la lista de los hombres.

LUISA. ¡Ah! no...

JUAN. *(En la puerta del foro.)*
Don Mauricio...

LUISA. (¡Oh Dios!)
Que éntre.
(Se retira Juan.)
¿Qué hago?...

BERN. ¡Valor! Ponle
mal gesto, y á las primeras
de cambio, un nó y buenas noches.

ESCENA X.

LUISA.—BERNABÉ.—DON MAURICIO.

D. MAU. *(Saludando.)*
Señorita...

LUISA. *(Con frialdad.)*
Bien venido.

D. MAU. *(Saludando á Bernabé.)*
Caballero...

BERN. *(Con seriedad.)*
Servidor.

D. MAU. ¿No está en casa mi señor
don Prudencio?

LUISA. No.

BERN. Ha salido.
LUISA. Y pues vendrá usted muy harto
de viajar...
BERN. ¿Qué duda tiene...
D. MAU. Yo...
LUISA. *(Mostrándole la puerta de la izquierda más próxima al foro.)*
Allí tiene usted su cuarto.

ESCENA XI.

BERNABÉ.—DON MAURICIO.

D. MAU. (¿Cómo me recibe así?
¡Esquiva es la niña hermosa!)
BERN. (Luisa ha estado deliciosa.
Ahora me toca á mí.)
Poco grato es el preludio...
D. MAU. ¿Eh?
BERN. Y como usted nada sabe...
Mas para dar con la clave
no es menester grande estudio.
D. MAU. No obstante, agradeceré
que usted me la explique.
BERN. ¿Sí?
Pues es que me quiere á mí
Luisa y no le quiere á usté.
D. MAU. Ella es libre y yo soy justo.
No me opongo á que le adore
á usted...
BERN. ¿Cierto?
D. MAU. Aunque deplore
que no tenga mejor gusto.
BERN. Yo...
D. MAU. No hay que tomarlo á mal...
BERN. Yo le haré á usted ver que valgo...
Pero perdonemos algo
al despecho de un rival.
D. MAU. ¡Yo rival! ¡Despecho yo!
No. Don Prudencio me llama,
pero su hija no es mi dama
y ménos mi novia.
BERN. ¿No?

¡Cómo!...

D. Máu. Pues si yo la amase,
¿me anunciara usted mi mengua
sin yo arrancarle la lengua
antes de acabar la frase?

Bern. ¡Poco á poco, que eso pasa
de la...

D. Mau. Acabemos.

Bern. (¡Qué brusco!)

D. Mau. No es usted á quien yo busco,
sino al dueño de la casa.
Para hablarme de un proyecto
me ha llamado... No sé cuál;
pero es honrado y formal,
tengo pruebas de su afecto,
y no me traerá mi amigo
á que su hija me befe
y á que venga un mequetrefe...

Bern. ¡Cómo!...

D. Mau. Á hombrearse conmigo.

Bern. Es que yo...

D. Mau. Abur.

(Entra en la habitacion designada y cierra de golpe.)

ESCENA XII.

Bernabé.

¡Vaya un ente...
Pero ¿á qué armar una riña,
si ya en mi favor la niña
ha resuelto el expediente?
Pues, digo, ¡ha echado buen viaje
el Mauricio!—Loco estoy
de orgullo, de gozo... Voy
á recoger mi equipaje.—
Mia la novia será;
mia ¡oh gloria!, y el impío
que no quiere ser mi tio...
tendrá que ser mi papá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

Don Prudencio.—Don Mauricio.

D. Prud. ¿Es posible!...
D. Mau. Sí, señor;
y viéndome de tal suerte
desairado, tuve impulsos
de marcharme...
D. Prud. ¿Qué se entiende...
Yo soy el que manda aquí;
eres mi amigo, mi huésped,
y nadie se atreveria...
Pero mucho me sorprende
que así te haya recibido
Luisa, sabiendo quién eres.
D. Mau. Sí; yo me anuncié...
D. Prud. Y el trasto
de mi sobrino ¡meterse
en camisa de once varas...
D. Mau. Sin embargo, si él la quiere

y Luisa le corresponde...

D. PRUD. ¿Cómo, si han estado siempre
separados desde niños
y hasta hoy no se han visto... Miente
si tal dice. Él habrá osado
tal vez, que á todo se atreve
un loco, al verla tan linda
decirle cuatro sandeces
aprovechando mi ausencia;
pero ¿ella corresponderle!
¡Imposible! y más sabiendo
que á ser su marido vienes.

D. MAU. ¿Será cierto...

D. PRUD. Sí, Mauricio;
mi plan, ya hace años, es ese,
para que con dulces lazos,
ya que otros rompió la muerte,
el cariño de los padres
en los hijos se renueve.

D. MAU. Tanta bondad me confunde
y tal honra me envanece;
pero usted no exigirá,
supongo, que yo la acepte,
si ántes amor no confirma
lo que la amistad promete.
Él solo nos ha de unir,
él solo ha de darnos leyes;
que es mengua y dolor y crímen
pronunciar un sí solemne
cuando del lábio sumiso
murmura el alma rebelde.

D. PRUD. No, no; su ventura anhelo
más que la mia, y no puede
ser tirano suyo un padre
que la ama tan tiernamente.
Mas no porque haya mostrado
cierta frialdad al verte,
efecto de su modestia
y poco trato de gentes,
ó quizá de algun enredo
de Bernabé, desesperes
de hallar en su corazon
la acogida que mereces.—

Ni tampoco es mi designio
que tu voluntad violentes.
Si no te agrada...

D. MAU. ¡Oh! sí; mucho;
pero si ella...

D. PRUD. Finalmente,
ni te ruego con su mano
ni en renunciarla me ofendes.
Podemos ser muy amigos
sin la intervencion de un preste.

D. MAU. ¡Oh! más que amigo, en usted
me ha deparado la suerte
un padre...

D. PRUD. ¡Eh! no todavía,
pero espero serlo en breve.

D. MAU. Mi gratitud...

D. PRUD. Es sincera;
no lo dudo.—Ahora conviene
inquirir lo que ha pasado
y conjurar á ese duende...
si le hay.
(Hace sonar la campanilla y un momento despues aparece Juan en la puerta del foro.)
Vuelve á tu aposento
y deja á mi cargo...
(*A Juan.*)
Que éntre
mi sobrino, si está...
(*Aparece Bernabé saliendo de la habitacion de la derecha que cae enfrente de la de D. Prudencio.)*
Lupus
in fábula.
(A Mauricio.)
Adentro.
(A Juan.)
Vete.

BERN. (Ya que me he quitado el polvo
y me he mudado de ropa,
voy... Ardua será la lucha.
pero alcanzaré victoria
si ella...)

D. PRUD. ¡Bernabé!

BERN. (¡Mi tio!)
¡Caro tio!... La zozobra
con que...

D. PRUD. Al grano. Su Excelencia
á mis ruegos te perdona
tu locura.

BERN. ¡Oh venerable
tio insigne! Usted me colma
de bondades...

D. PRUD. ¡Que me pagas
bien!

BERN. ¡Oh! Con mi sangre toda
quisiera...

D. PRUD. Mientras por ti
me desvelo con heroica
paciencia, ¡tú, procurando
seducir á una paloma
cándida, quieres alzarte
con el santo y la limosna!

BERN. ¿Seducir? ¡No!—Mas primero
que á esa acusacion responda,
permita usted que postrado
á sus piés sirva de alfombra...

D. PRUD. ¡Quieto!

BERN. Este humilde sobrino...

D. PRUD. Alza, ó me voy. ¡El hipócrita!

BERN. Alzo pues; pero los astros
del Olimpo...

D. PRUD. Háblame en prosa.—
¿Qué títulos tienes tú
para aspirar á esa boda?

BERN. Del tres por ciento, ningunos;
no es conocida en la Bolsa
mi firma; pero dejando
aparte los que se apoyan
en la consanguinidad,
y sin lo que esta persona
pueda valer en lo físico
y en lo moral...

D. PRUD. Poca cosa.

BERN. Así es en la opinion
de usted... y en la mia propia;
pero ella, más indulgente

que usted y yo...

D. PRUD. ¡Cómo!

BERN. Me honra con su amor...

D. PRUD. ¡Ella!

BERN. Y pues Luisa, que es la interesada, vota en mi favor...

D. PRUD. ¡Ba!

BERN. Es inútil que vote su padre en contra.

D. PRUD. ¿Inútil? Ya se verá...
Pero ese amor de tramoya
¿Cómo nació? ¿En qué se funda?

BERN. Mi pecho...

D. PRUD. En tí no me asombra:
Luisa es mi única heredera,
y soy rico.

BERN. Me sonroja
usted. ¡Ah! Yo la idolatro
desde la primera aurora
de la vida.
(Con la mano en el pecho.)
Aquí guardaba
indelebles las memorias
de nuestra infancia; y despues,
la intuicion, la prodigiosa
virtud del flúido magnético,
blason de Mésmer y Volta...

D. PRUD. ¡Oh!...

BERN. Nos identificaba...

D. PRUD. ¡Ya basta!

BERN. Así...

D. PRUD. ¡Punto en boca!

BERN. Ama y fecunda—¡oh prodigio!—
á su pareja remota
la palma de Tremecen,
no sé si al soplo del Bóreas
ó del Noto...

D. PRUD. ¡Calla, calla,
calla!

BERN. Pero...

D. PRUD. No me rompas

el cerebro con tu eterna
cháchara.

BERN. Usted me interroga...

D. PRUD. ¡No más! Á tí, es excusado.
De Luisa sabré la historia...

BERN. Bien: en su lealtad confio;
pero si ella corrobora
mi aserto, ¿promete usted
mitigar su injusta cólera
y no poner entredicho
á dos almas que se adoran?

D. PRUD. Su voluntad será libre;
mas dudo mucho...

BERN. No importa.

D. PRUD. Yo te haré la guerra.

BERN. Bien;
pero necesíto prórroga...

D. PRUD. Sí.

BERN. Mal podré defenderme
si tengo que irme á una fonda.

D. PRUD. No; te quedarás en casa
unos dias... Vete ahora...

BERN. Y me ha de ser permitido
hablar con mi prima á solas.

D. PRUD. Bien.
(Acercándose al cuarto de su hija.)
¡Luisa!

BERN. (¡Tremenda crísis!)

ESCENA II.

DON PRUDENCIO.—BERNABÉ.—LUISA.

LUISA. Papá...

D. PRUD. *(A Bernabé en voz baja.)*
Vete.

BERN. Prima hermosa...

LUISA. Bernabé...
(Bernabé mira con ansiedad á Luisa y se pone la mano en el corazon.)

D. Prud. *(En voz baja y conduciendo á Bernabé hasta la otra puerta de la derecha.)*
¡Nada de guiños!
Bern. *(Con gestos expresivos.)*
¡Ah!...
D. Prud. *(Haciéndole entrar y cerrando la puerta.)*
Ya estás aquí de sobra.

ESCENA IV.

Don Prudencio.—Luisa.

D. Prud. ¿Puedo, hija mia, dar fé
con mengua de tu buen juicio,
á lo que teme Mauricio
y asegura Bernabé?
Luisa. ¡Papá!...
D. Prud. Bernabé se jacta
de que le amas.
Luisa. Yo... (¡Ay de mí!)
D. Prud. Y quiero saber de tí
si es su relacion exacta.
Luisa. Lo que es amarle,... de fijo
no le sé aun.
D. Prud. ¿Cómo es eso?
Luisa. Pero al verle, lo confieso,
sentí cierto regocijo...
D. Prud. (¡Malo!) ¿Tánto es el influjo
de su...
Luisa. Es de advertir, papá,
que le habia visto ya...
D. Prud. ¡Tú! ¿Dónde?
Luisa. *(Mostrando la estampa litografiada.)*
Es este dibujo.
D. Prud. (¡Mal haya!...) ¿Sabías tú
que semejaba á la suya
la cara de esa... aleluya
que trajo aquí Belcebú?
Luisa. No.
D. Prud. ¿Y rendiste tu albedrío
á ese anónimo bosquejo,
que pudiera ser reflejo

de un ladron ó de un judio?

LUISA. ¡Oh! No soy tan simple yo;
mas cuando el rostro pintado,
que yo ví sin desagrado,
vivo se me apareció,
no sé por qué estraño estigio
cautivó mi voluntad;
y si he de decir verdad
no llevé á mal el prodigio.

D. PRUD. ¿Así de otro hombre se prenda
una doncella—¡qué oprobio!—
cuando está esperando al novio
qne un padre le recomienda?

LUISA. Al contrario; tan propicio
fué mi fallo á Bernabé
porque yo me figuré
que Bernabé era Mauricio.

D. PRUD. ¡Ah! ya entiendo: un *quid pro quo*...
Y el engaño ¿duró mucho?

LUISA. ¡Ay! demasiado.

D. PRUD. ¡Qué escucho!

LUISA. Prendas mi labio soltó...

D. PRUD. Que no te obligan á nada,
pues yerro notorio fué...

LUISA. Es que despues confirmé...

D. PRUD. Seducida, fascinada...

LUISA. Tal vez; pero aquel retrato
providencial...

D. PRUD. ¡Disparate!

LUISA. Mi primo...

D. PRUD. Es un botarate,
un perdido, un mentecato.

LUISA. Pues la cara...

D. PRUD. ¡Linda pieza!

LUISA. No anuncia malas costumbres.

D. PRUD. Me ha dado más pesadumbres
que hay pelos en su cabeza.

LUISA. Tal me pintó su pasion...

D. PRUD. ¡A tu dote!

LUISA. ¡Quién pensára...

D. PRUD. ¡Luisa, no siempre es la cara
espejo del corazon!

LUISA. Pero usted quizá es severo

con mi primo en demasía.

D. Prud. No, no; que es mi antipatía
justa, y probártelo espero.
Pues ¿qué puedo yo anhelar
sino tu bien, criatura?
¡Tan linda, oh cielos, tan pura,
y dársela á ese pelgar!—
Aun es tiempo. De tu mente
destierra tales ideas.—
Ni yo pretendo que creas
á tu padre ciegamente.—
¡Ah!... Me ha ocurrido una traza
con que, á poco que me ayudes,
espero que ya no dudes
del riesgo que te amenaza.

Luisa. ¿Cuál?

D. Prud. Que á Bernabé respondas,
si lisonjas importunas
vuelve á decirte, con unas
calabazas muy redondas.

Luisa. ¡Yo, santo Dios, y hace poco
que tan risueña le oí!
Si se ve tratado así,
de fijo se vuelve loco.

D. Prud. ¿Loco? Ya lo es.

Luisa. Yo temo,
si mi labio le despide...

D. Prud. ¿Qué temes?

Luisa. Que se suicide.

D. Prud. ¡Ba! No llegará á ese extremo.

Luisa. Solo al saber que venía
Mauricio, habló de cordel
y de tósigo cruel
y estoque... ¡Vírgen María!

D. Prud. ¡Oh! el suicidio... Antes que Ovidio
instruyese á los galanes
era ya el plan de los planes
un amago de suicidio.
Y á ese tema volverá
cuando en vano gima y ruegue;
pero no temas que llegue
al rio la sangre: ¡quiá!

Luisa. ¿Y si de véras me amase?

D. Prud. Si aun así te guarda fe
seis dias, consentiré
en que contigo se case;
mas Dios... y tu mismo primo
me librarán del dogal
de que se emplee tan mal
la prenda que mas estimo.
Luisa. Pero, papá, es dura cosa
que sea mi propia lengua
la que le diga su mengua.
D. Prud. Es circunstancia forzosa.
Temerá alguna asechanza
si otro el mensaje le lleva.—
Mas sea eficaz la prueba:
quítale toda esperanza.
Tu ventura, tu sosiego
en esta experiencia fio,
¡y acaso tu honor y el mio!
Luisa. ¡Ah!
D. Prud. Llorando te lo ruego.
Luisa. ¡No más! Decidida estoy
á hacer lo que usted me ordena.
D. Prud. ¡Ah!... Te doy la enhorabuena
y á mi mismo me la doy.
Luisa. (¡Oh!...)
D. Prud. Le hablarás sin testigos...
Allí está. Voy á llamarle.
Luisa. ¡Tan pronto!
D. Prud. Y por más que charle
echando por esos trigos,
no te aturda, no te asuste...
Luisa. No.
D. Prud. Serenidad y calma;
pocas palabras, y al alma.
Luisv. Sí, sí.
D. Prud. *(Abrazándola.)*
¡Adios!
(Abriendo la puerta de la habitacion donde se halla Bernabé, y retirándose por el forillo.)
Cuando usted guste.

ESCENA V.

LUISA.—BERNABÉ.

BERN. *(Mirando á don Prudencio.)*
(Se sonrie... ¡Mal presagio!)
Temblando vengo, ¡oh mi dulce
prima!, á saber mi sentencia;
pero ántes que la pronuncies,
no eches en olvido, Luisa,
que la mujer no es un yunque,
sino un ser inteligente
y libre, que obra y discurre
y ódia y ama *motu proprio;*
y no porque un padre abuse
de su autoridad, es justo
que en el siglo de las luces
te sacrifiques...
LUISA. Suspende
tu peroracion inútil,
Bernabé. Siento decírtelo,
pero es fuerza que renuncies
á mi mano.
BERN. ¿Por qué, ingrata?
¿Así tu palabra cumples?
¿Asi...
LUISA. Si ilusa la dí,
disipada ya la nube
que me ofuscó, me retracto.
BERN. ¡Oh mujer falsa, voluble...
LUISA. (¡Pobrecillo! Me da lástima...)
BERN. Tú, que me alzaste á la cumbre
de la gloria, ¡ay! ¿es posible
que tan pronto me derrumbes...
Mas no; tú obras instigada
por los que fuerzan impunes
tu voluntad. Tú me adoras,
por más que lo disimules.
LUISA. No hay tal. (Estoy en tortura.)
BERN. Desde ántes que fueras núbil

tu padre te destinaba,
por razones harto fútiles,
á Mauricio; y como me ódia,
aunque no sé en qué lo funde,
de mi te ha dicho sin duda
mil horrores, mil embustes.

LUISA. No. (Si no abrevio y me escapo,
soy perdida.) Á él no le acuses,
sino á mí, á mí sola.

BERN. ¡Impia!
¡Tú...

LUISA. Deja ese tono lúgubre.

BERN. ¡Oh decepcion! Yo en mi mente
te igualaba á los querubes,
¡y no sales de la esfera
de las mujeres comunes!
Ya te habrán dicho que soy
pobre, y por eso, en resúmen,
me dejas.

LUISA. Lo mismo hiciera
aunque fueses archiduque.

BERN. ¡Oh! no excedas en perfidia
á los corsarios de Túnez.
Vuelve á ser mi prenda...

LUISA. ¡Basta!

BERN. Y mi delicia y mi númen...

LUISA. Ya has oido mi *ultimatum*
y ocioso es que me importunes.

BERN. ¿Se juega así con las almas,
perjura? ¡No me repulses,
ó aumentarás el catálogo
de los suicidas ilustres!

LUISA. (¡Ay... ya ha aparecido aquello!)

BERN. ¿Te ries? ¡Oh! no me insultes....

LUISA. Bernabé, esa arma está ya
muy gastada..., y no da lumbre.
(Yéndose por el foro, encuentra, ya fuera de la escena, á don Prudencio, que viene por el forillo; allí figura hablar con él durante el breve monólogo de Bernabé, y en seguida se retira por la izquierda del mismo foro.)

ESCENA VI.

BERNABÉ.

Me desáhucia, me disloca.
¡Oh dolor! Rica y tan guapa...
¡Qué bocado se me escapa
desde la mano á la boca!
¿Y á quién debo este tropiezo?
Á ese padre Barrabas
que la seduce... ¡No hay más!
Si papá no mete el cuezo,
me la llevo á la parroquia,
á pesar del otro hidalgo,
me embolso la dote y salgo
de pobre. ¡Ah!

ESCENA VII.

BERNABÉ.—D. PRUDENCIO.

D. PRUD. ¿Se soliloquia?
BERN. ¡Oh! ¿Viene usted, padre inícuo,
á deleitarse en mi luto
y á saborear el fruto
de su proceder oblícuo?
D. PRUD. ¡Oblícuo! ¿Será más recto
el tuyo?
BERN. ¡Oh sencilla oveja!
¡Tú...
D. PRUD. Oyeme con calma, y deja
tu gongorino dialecto.
Ni blasfemias ni amenazas,
que á mí no han de hacerme mella,
te harán dueño de la bella
que te ha dado calabazas.
Pero, ya que has hecho *fiasco*
con Luisa...
BERN. ¡Tirana suerte!

D. PRUD. Algo puedo yo ofrecerte
que te indemnice del chasco.
BERN. ¡Ah! no. Este dardo punzante
que el corazon me atraviesa,
hasta en la profunda huesa
me desgarrará... No obstante;
como es preciso comer
aun para vivir rabiando,
y bueno es caer en blando,
ya que uno caiga... ¡Ay!... ¿Á ver?
¿Qué cosa...
D. PRUD. Tengo ocasion
de mejorar tu fortuna.
BERN. ¿Con un ascenso?
D. PRUD. Con una
bonita administracion.
BERN. ¡Pehe!... ¿Cuya?
D. PRUD. De una señora
dueña de cuantiosos bienes.
BERN. ¡Ah!...
D. PRUD. Cerca de tí la tienes.
BERN. ¿Quién...
D. PRUD. La vas á ver ahora.—
Esto es, si acomoda el trato.
BERN. Sepamos...
D. PRUD. Cincuenta duros
al mes saneados, seguros,
casa, ropa limpia, el plato...
BERN. ¡Miseria!
D. PRUD. ¿Aun pones mal gesto?
Pues no hay nada de lo dicho.
Voy...
BERN. ¿No... Y... ¿qué especie de bicho...
¿Viuda?
D. PRUD. No; de estado honesto.
BERN. ¿Sí?
D. PRUD. Y no depende de padre
ni tutor, tio ni hermano.
De su dinero y su mano
puede hacer lo que le cuadre.
BERN. Será esa mujer horrenda;
que si nó, ¿cómo se explica...
D. PRUD. Pocos dias ha que es rica.

BERN. Ya. Y... ¿jóven, ó... reverenda...
D. PRUD. ¡Pche!... Ya no es una chiquilla...
BERN. Treintaicuatro...
D. PRUD. Por mi cuenta
ya no ha de cumplir cuarenta;
pero aun es pasaderilla;
y si os convenís los dos...
BERN. ¡Oh, calle usted!
D. PRUD. Todo cabe...
BERN. ¡Horror! ¡Absurdo...
D. PRUD. ¿Quién sabe...
De ménos nos hizo Dios.
BERN. No, no hablemos de eso.—Acoto
la administracion.
D. PRUD. Bien hecho.
BERN. Pero, ¡su mano, su lecho!
(No lo echaré en saco roto.)
D. PRUD. ¡Oh! nadie te obligaría...
BERN. Bien; decidido estoy ya.
Vamos, pues tan cerca está...
D. PRUD. Como que es huéspeda mia.
BERN. ¡Ah...
D. PRUD. Hoy se muda, y como tiene
su cuarto todo revuelto...
BERN. Es natural.
D. PRUD. Ha resuelto
recibirte aquí...
(Mirando al forillo, por el cual aparece Críspula.)
Ya viene.
Á solas os dejaré...
BERN. Bien.
D. PRUD. (Se cumple mi deseo.)

ESCENA VIII.

BERNABÉ.—DON PRUDENCIO.—CRÍSPULA.

D. PRUD. *(Á Bernabé, presentando á Críspula, y viceversa.)*
Crispulita...
LUISA. (¡Oh Dios!)

BERN. (¿Qué veo?)
D. PRUD. Mi sobrino Bernabé.
(*Entra en el cuarto de don Mauricio.*)

ESCENA IX.

BERNABÉ.—CRÍSPULA.

CRÍSP. ¿Es posible?... ¡Usted!...
BERN. (Conviene
disimular mi sorpresa.)
Sí; soy el mismo que en Córdoba,
cuando hacía usted tragedias
en el teatro casero
del Marqués de la Luciérnaga,
alborotaba con bravos
y palmadas la platea,
y en una hoja volante
que hice circular impresa
dije que era usted ¡oh Críspula!
gloria y prez de nuestra escena.
CRÍSP. Sí, sí. Aun conservo ejemplares...
Por cierto que malas lenguas
dijeron que quiso usted
burlarse de mí...
BERN. ¡Blasfemia!
CRÍSP. Que habia doble sentido
en ciertas frases, y que era,
en fin, el supuesto elogio
una sátira sangrienta.
BERN. Rivalidades, envidias
que persiguen donde quiera
al genio. ¡Sátiras yo,
santo cielo, contra aquella
que con su mágico acento
subyugaba mis potencias
y sentidos! ¡Cuántas veces
cuando era usted Clitemnestra
tuve yo envidia de Egisto
y horror á Oréstes y á Electra!
CRÍSP. ¡Qué oigo!

BERN. (¡Pecho al agua!) Sí;
conducido por Minerva
se entró Cupido en mi pecho;
y para que usted lo sepa
de una vez, yo amaba á Críspula
creyendo amar á la Reina
de Argos, y mi corazon
no advirtió aquel... viceversa
hasta que de parte á parte
le hirió la acerada flecha.

CRÍSP. ¿Será posible... ¿Y por qué
no decirme con franqueza...

BERN. Porque el prestigio del arte
me ofuscaba tan de véras,
que siempre en usted veia
el coturno y la diadema,
y triste mortal no osaba
sublimarme hasta la esfera
donde brillaba la hija
de Júpiter y de Leda.

CRÍSP. (¡Qué lindas cosas me dice!)
Pues no fuí yo tan severa
que negase á las lisonjas
de usted alguna halagüeña
sonrisa...

BERN. Que á mí—¡ay cuitado!—
me parecia siniestra,
sardónica.

CRÍSP. No. ¡Qué error!

BERN. (Miento mas que la Gaceta.)
Viendo que en mí se cebaba
la garra de la tristeza,
puse tierra de por medio
esperando que la ausencia
me curase...

CRÍSP. ¿Quién diria...

BERN. La honda llaga... ¡Ni por esas!

CRÍSP. ¡Pasion acendrada!

BERN. ¡Atroz...,
trágica!

CRÍSP. Y yo ¡tan ajena...
Ya se vé; sin despedirse
tomó usted la diligencia...

BERN. ¡Tal fué mi despecho!
CRÍSP. Y luego
¡no escribirme cuatro letras...
BERN. Por desaliento. Tenia
fija en mi mente la idea
de que usted me detestaba.
CRÍSP. ¿Yo? ¡Vírgen de la Almudena!...
Al contrario...
BERN. Al fin, sabiendo
que residias en esta
villa heróica, me abandono
al influjo de mi estrella:
te sigo; amor me sugiere
la inocente estratagema
de pedirte ese destino
de mayordomo, albacéa...
ó ¿qué sé yo?... Lo que sé,
y tú ya no ignoras, bella
Críspula mia, es que te amo
con la misma vehemencia
que en Córdoba...
CRÍSP. ¡Bernabé!...
BERN. Mas con fé pura y honesta
que se somete á los fueros
de la santa madre Iglesia.
CRÍSP. (¿Soy yo quien le ha enamorado
tan ciegamente,... ó mi hacienda?
Todo puede ser.—No, Críspula;
es imposible que mienta
quien habla con tal fervor,
con tanta... Ni soy tan vieja,
que...)
BERN. (Calla... Cavila... Tiemblo.)
CRÍSP. (Tal vez, como la belleza,
hace el talento conquistas...)
BERN. (Si esta tambien me desprecia,
hago un pan como unas hostias.)
¿No merezco una respuesta,
Críspula?
CRÍSP. ¡Ay!
BERN. Ese silencio
me aflige, me desespera.
¡Ah! Bien lo temia yo;

¡tu corazon me desdeña!

CRÍSP. *(Conmovida.)*
¡No, Bernabé! Pero temo
ser—¡ay!—demasiado crédula.
El cielo me ha dado una alma
sensible, expansiva, tierna...
y una complexion, que... todo
me conmueve... ¡ay Dios!... me altera,
me...

BERN. ¿Qué tienes?

CRÍSP. *(Desmayándose en los brazos de Bernabé.)*
¡Yo... sucumbo!

BERN. ¡Mi amor!... (¿Tambien epiléptica?)
¡Señora!... (¡Nada! No vuelve...
¡Ah! Este pomo que le cuelga...;
quizá...
(Lo aplica á la nariz de Críspula.)
Pesa diez arrobas.)
¡Críspula!... (¡Vaya, que es plepa...)

CRÍSP. ¡Ay!

BERN. Respira.

CRÍSP. ¡Bernabé!...

BERN. ¿Se siente usted indispuesta!
Llamaré...

CRÍSP. No. Un pasajero
deliquio... Ya estoy serena.
(Desviándose.)
Pero ¡ah!... ¡Yo en brazos de un hombre!

BERN. De tu amante. (¡Qué pamemas!)

CRÍSP. ¡Mi amante!... Recelo... Dudo...

BERN. ¡Oh! Lo juraré, si es fuerza,
postrado á tus piés.

CRÍSP. Consiento
en que me des esa prueba
de ternura.

BERN. *(Hincando una rodilla en el suelo.)*
(¡Hum!) ¿Quieres mas?
(¡Mal haya, amén, la pobreza,
que así humilla á un elegante!)

CRÍSP. ¡Oh! El júbilo me enajena.

ESCENA X.

BERNABÉ.—CRÍSPULA.—LUISA.—DON PRUDENCIO.
DON MAURICIO.

(Luisa aparece por el foro, y poco despues don Prudencio y don Mauricio por la puerta del cuarto de este último.)

LUISA. (Vuelvo...)
(Con grito de sorpresa.)
¡Ah!
BERN. *(Levantándose rápidamente.)*
(¡Luisa!)
CRÍSP. *(Sin haber visto á Luisa, y abrazando á Bernabé.)*
Alza á mis brazos.
BERN. (¡Que no me trague la tierra!)
D. PRUD. Ya es hora... ¡Bravo!
D. MAU. ¡Sublime!
BERN. *(Cortado.)*
Es un paso de tragedia...
Nos conocimos en Córdoba,
y la aficion... Una escena...
CRÍSP. La verdad es que él me adora
ya hace un año...
LUISA. (¡Ah! ¿Quién creyera...)
CRÍSP. Y que yo le correspondo.
D. PRUD. Sea muy en hora buena.
CRÍSP. Y que pronto con la mia
se unirá amante su diestra
bajo la casta coyunda
que nuestras almas anhelan.
¿No es verdad, caro consorte?
BERN. Sí, querida esposa. (¡Horrenda
situacion!)
D. PRUD. Celebro...
CRÍSP. Gracias.
(Tomándole el brazo.)
Sígueme ahora...
BERN. (¡Paciencia!)

CRÍSP. Que, pues mi dueño has de ser
pronto, quiero que intervengas
desde ahora en mis negocios.
BERN. Bien.
CRÍSP. Denme ustedes licencia...
D. PRUD. ¿Se vá usted...
CRÍSP. No todavía.
Nos veremos en la mesa.
Hasta luego.—¡Ah! Sin perjuicio
de pasar la papeleta
de costumbre, están ustedes
convidados á la fiesta.
(Váse con Bernabé por el forillo.)

ESCENA XI.

LUISA.—D. PRUDENCIO.—D. MAURICIO.

LUISA. *(Echándose en los brazos de D. Prudencio.)*
¡Ay papá!
D. PRUD. ¿Lo ves? Tu primo
es un farsante.
LUISA. Un bribon.
D. MAU. Un desdichado.
LUISA. ¡Jurarme
que muere por mí de amor,
y verle luego en los brazos
de una vieja!... Esto es atroz.
D. MAU. Si le pesa á usted...
LUISA. Me pesa
en el alma; sí, señor;
no por perder tal alhaja,
sino solo porque soy
tan simple que necesito
recibir esta leccion.
D. MAU. Yo me felicito de ella,
Luisa, y áun más del candor
con que usted confiesa y siente
su falta de prevision;
pues eso, y las circunstancias
singulares de que estoy
bien informado, disculpan

á mis ojos un error
que nació de la cabeza,
pero no del corazon.

LUISA. *(Con ingenuidad cómica.)*
¡Y es verdad!—Mas aunque, á fuer
de caballero español,
tan generoso y galante
me da usted la absolucion,
no debo aceptarla cuando
yo misma no me la doy.

D. PRUD. ¿Oyes? ¡Es un ángel!

D. MAU. Sí;
y cuando sus gracias nó,
bastaria á cautivarme
ese excesivo rigor
con que se juzga á sí misma.

LUISA. ¡Si no merece perdon
mi locura! Sin embargo,
de usted puedo sin rubor
aceptarlo, padre mio,
porque sabe usted que yo
si no me lo concediese
moriria de dolor.

D. PRUD. ¡Oh! tú no lo necesitas,
mi amada Luisa; que aun hoy
me has dado una prueba insigne
de cariño y sumision;
pues cuando, padre amoroso
y no tirano feroz,
para salvarte del lazo
que ese aleve te tendió
consejos te dí, no leyes,
fuiste dócil á mi voz.

LUISA. Sí; y aunque pese á mi orgullo,
que de la prueba salió
lastimado, ahora confieso
que un padre es siempre el mejor
consejero.

D. PRUD. Yo esperaba
que me diesen la razon
el tiempo y tu buen sentido,
pero no que tan precoz
fuese el fruto.—Ya, supongo,

no te angustiará el temor
de que Bernabé, arrastrado
por la desesperacion,
se suicide.

LUISA. Ya lo ha hecho.

D. PRUD. ¡Cómo...

LUISA. Sí. Pues ¿qué mayor
suicidio que ser marido
de tan rancio cronicon?

D. MAU. En efecto.

D. PRUD. ¡Qué donosa!
Yo aplaudo ese buen humor,
presagio de gozo y dicha
para todos. Sí; los dos
sereis mis hijos...

LUISA. ¡Papá,
por Dios... ¿Qué dirá el señor?

D. MAU. Que la amo á usted y mi gloria
cifro en tan feliz union.

LUISA. Gracias por tanta bondad;
mas yo, ¿con qué cara voy
á aceptar... Confiese usted
que es crítica situacion
la mia.

D. PRUD. No tal.

D. MAU. ¡Me encanta!

LUISA. Sin poder hablar en pro
ni en contra... ¡Jesus! Arréglenlo
ustedes allá los dos,
porque, lo que es yo, ni digo
que sí ni digo que nó.

ESCENA XII.

LUISA.—DON PRUDENCIO.—DON MAURICIO.—JUAN.

JUAN. Un caballero desea
hablar con usted...

D. PRUD. ¿Quién... ¿Cómo
se llama?

JUAN. Se nombrará
cuando estén ustedes solos,
me ha respondido.

D. PRUD. En buen hora.
Miéntras recibo á ese... anónimo,
(*Mostrando el cuarto de Luisa.*)
entrad allí...
(Á Luisa)
Dale el brazo,
que es tu huésped... y tu novio.
LUISA. (*Entre risueña y avergonzada.*)
¡Vaya!
D. MAU. ¡Oh Luisa!...
D. PRUD. Así me gusta.
Pronto seré con vosotros.
(Á Juan.)
Qué éntre.

ESCENA XIII.

DON PRUDENCIO.—DON CÉSAR.

D. PRUD. ¿Quién será ese quidam
y qué querrá... Algun socorro
tal vez...
(*Entra D. César y antes de hablar se cerciora de que está á solas con D. Prudencio.*)
D. CÉS. ¡Prudencio!
D. PRUD. (*Para sí.*)
Esa voz...
¿Será ilusion?... Ese rostro...
D. CÉS. Dame los brazos.. . ¡Soy César!
(Se abrazan.)
D. PRUD. ¡Ah!... Sí; mas... ¡Tú...
D. CÉS. No me asombro
de que aun mi mejor amigo
me desconozca: ¡tan otro
soy del que fuí!... Y además,
este traje, los anteojos,
la barba gris...
D. PRUD. ¡Pobre César!
Te suponia...
D. CÉS. ¡En el hoyo!
D. PRUD. ¿Qué mucho, si atestiguaron
tu muerte cartas, periódicos...

y hasta la fé de difunto,
que yo ví con estos ojos?

D. Cés. Ardides de un desgraciado;
pero aunque ya no blasono
de aquella salud robusta
que tuve cuando era mozo,
aun estoy en pié, á pesar
de enemigos rencorosos.

D. Prud. ¡Enemigos!

D. Cés. Sí, y no dudes
que algunos con sumo gozo
á trueque de ver mi entierro
pagarian los responsos.

D. Prud. No creo...

D. Cés. Tomando el nombre
de otro español mas dichoso
que yo, pues ya se acabaron
las miserias de este globo
para él, vuelvo á mi patria...

D. Prud. Pero ese ardid era ocioso.
La amnistia te comprende...

D. Cés. No la acepto: es un oprobio.

D. Prud. ¿Por qué si nadie te obliga
á renegar de tus votos,
de tus principios... Si fuera
un indulto...

D. Cés. Yo no doblo
la frente á mis enemigos:
ó sucumbo, ó los derroco.

D. Prud. ¡Es posible!

D. Cés. ¡Guerra á muerte!

D. Prud. Pero ¿cuál es tu propósito...

D. Cés. ¡Guerra á muerte! ya lo he dicho.

D. Prud. ¿A quién? ¿Cuándo? ¿De qué modo?

D. Cés. ¿A quién? Claro está: al poder
y á cuantos le den apoyo.—
Es decir, á los ministros:
para mí es sagrado el trono.
¿Cuándo? Hoy, y mañana, y siempre,
y sin tregua ni reposo,
hasta que suelten la carga
y la sustenten mis hombros.
¿De qué modo? A todo trance:

en la prensa, y en el foro,
y en el club, y en la tribuna,
y en la plaza de los toros,
y en teatros y en cafes,
tabernas y calabozos,
combatiendo como un héroe...
ó minando como un topo.

D. Prud. ¡Oh! Tú te ciegas..., ¡te pierdes!
¿Qué recursos...

D. Cés. No estoy solo.
Tengo amigos... Traigo planes...

D. Prud. ¿Y si fuesen ilusorios?

D. Cés. No. De acuerdo con mis cálculos
están los hombres mas doctos
de la Europa. Es inminente
la revolucion, y sordo
ya á lo lejos ruge el Austro
precursor del terremoto.

D. Prud. ¡Dios nos libre! Siempre he sido
enemigo de trastornos.

D. Cés. ¡Pues ya! Para un millonario
el *statu quo* es muy cómodo.

D. Prud. Lo mismo era, ya lo sabes,
cuando elaboraba fósforos.

D. Cés. Bien; pero la complexion,
la costumbre, el genio... Somos,
aunque amigos entrañables,
antítesis uno de otro.

D. Prud. ¡Oh ambicion!

D. Cés. Sí; la ambicion
es para mí, no lo ignoro,
el buitre de Prometeo;
pero, ya lanzado al golfo
de la politica, lucho
con tempestades y escollos,
y si una vez tomo puerto,
dos, tres, cuatro se va á fondo
mi frágil nave. No importa
miéntras respire el piloto.

D. Prud. Pero á lo ménos consulta
la marea, el viento, el polo
antes de embarcarte, y mira
qué gente llevas al corso,

y de qué porte es el buque...
y si hay víveres á bordo...

D. Cés. ¡Eh! yo no hilo tan delgado.
Si hemos de preverlo todo...

D. Prud. ¡Oh! No se halla todavia
en sus últimos sollozos
la patria. Descansa, huelga
algunos dias... Supongo
que te hospedarás aquí.

D. Cés. No, eso no, ni por asomo.
No quiero comprometerte.

D. Prud. No lo harás, César, si logro
persuadirte.

D. Cés. No te canses.

D. Prud. ¡Óyeme por Dios...

D. Cés. No te oigo.
Ó mandar ó conspirar.

D. Prud. ¡Santo cielo!

D. Cés. Este es mi horóscopo.—
Mas ya me están esperando...
No me detengas.

D. Prud. ¡Tan pronto!

D. Cés. *(Yéndose.)*
Sí. ¡Adios!
(Deteniéndose.)
¡Ah! ¿Puedes prestarme
dos mil reales?

D. Prud. Me abochorno
de oirte. Cuanto yo tengo
¿no es tuyo?

D. Cés. ¡Sí, generoso
amigo!

D. Prud. Pero tan corta
cantidad...

D. Cés. Yo me socorro
para tres meses con ella:
el destierro me hizo sobrio.

D. Prud. *(Dándole una cartera y luego un bolsillo.)*
Aquí hay seis mil en billetes,
y aquí algunas onzas de oro.

D. Cés. No. ¡Si digo...

D. Prud. Toma y calla,
ó me enfado y alboroto...

D. CÉS. Bien; dame.
(Guarda la cartera y el bolsillo.)
Dia vendrá,
y acaso está ya muy próximo,
en que pueda...
D. PRUD. ¡Voto á sanes...
Ya he dicho que me sonrojo...
D. CÉS. Bien ¡basta!
D. PRUD. ¡Ingrato! Con dias
más serenos y más prósperos
te iba á brindar mi cariño...
D. CÉS. *(Impaciente.)*
Gracias...
D. PRUD. Mas tu orgullo indómito...
D. CÉS. No; ¡mi estrella! Adios.—¡Silencio!
D. PRUD. No temas.
D. CÉS. Para tí solo
vive César: para el mundo
ha muerto; pero glorioso
en breve desde la tumba
ascenderá al Capitolio.
Esa tarjeta, entre tanto,
(Saca una y la deja sobre el velador.)
te dirá mi nombre apócrifo
y dónde vivo.—Escasea
las visitas..., sobre todo,
de noche, porque allí... ¿Entiendes?
No sea que den un soplo,
y sin culpa pagues tú
lo que pequemos nosotros.—
¡Ah! Cuenta con la cartera
de Hacienda, si un dia formo
y presido el Gabinete.
D. PRUD. ¿Yo ministro? Ántes me ahorco.
D. CÉS. ¡Bobada!... Admite siquiera
la direccion del Tesoro.
D. PRUD. Pero, ¡infeliz!, no eres más
que un desesperado, un prófugo,
¿y repartes ya el botin...
D. CÉS. Cuento con mi fé, mi arrojo,
mi estratégia... No lo dudes;
dentro de un mes, ó tremolo
victoriosa mi bandera,...

ó me llevan los demonios.

ESCENA XIV.

Don Prudencio.

¡Qué delirar! Está visto
que no hay para él más prójimo
ni más ley que su insensata
ambicion. ¡Dios poderoso!...
¿Me ha preguntado siquiera
por su hijo? Sí, sí; está loco.—
Y tal vez esa locura
va á ser invencible estorbo
á la esperanza halagüeña
que ya con tanto alborozo
veía realizada...
¿Quién piensa ya en desposorios...
Mas si yo le hubiera dicho:
tu hijo está aquí, y en consorcio
feliz con mi Luisa... ¡No!
Haría de él un neófito,
un Seide, y envolveria
en su ruina al pobre mozo...,
¿y quién sabe si tambien
á mi pobre niña, á todos...
¡No, señor! Ya que él se pierda,
no es razon... ¡Oh! Ni él tampoco.
Le libraré á su pesar;
conspiraré si es forzoso,
imitándole... ¿Qué digo?
Imitándome á mí propio.
Pues ¿no he conspirado ya
como un *Fieschi* contra el mono
de mi sobrino?—Sin duda
es este un mal contagioso
como la fiebre amarilla
ó como el cólera morbo.

Lo cierto es que yo he mirado
siempre con terror, con odio
las conspiraciones; y hoy—
¡el siglo de los fenómenos
es este!—me he convertido
en conspirador de á fólio.
(Se dirige al cuarto de Luisa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala con dos puertas laterales; una á la derecha del actor, que es la que conduce á la escalera y comunica con otras habitaciones; otra á la izquierda, que da paso á un gabinete: muebles de lujo y entre ellos una cómoda. Es de noche. Luces.

ESCENA PRIMERA.

DON CÉSAR.—ELOY.

D. CÉS. Conque, en resumidas cuentas,
¿estoy preso aquí?
ELOY. Cabal.
D. CÉS. ¿Y es usted mi alcaide?
ELOY. Tengo
ese honor.
D. CÉS. Mil gracias.
ELOY. No hay
de qué.
D. CÉS. ¿Y qué cárcel es esta?
¿De Estado, ó correccional?
¿Eclesiástica, ó civil?
¿Política, ó militar?
¿Y á qué acto gubernativo
ó sentencia judicial,

bando ó pragmática debo
esta obra de caridad?
¿Y quién me da testimonio
del atropello brutal
que sufro? ¿Y con qué derecho
se atenta á mi libertad?

ELOY. No sé nada. Mi consigna
es ojo alerta y callar.

D. CÉS. Pero, señor, ¿y las leyes?

ELOY. ¿Yo qué entiendo... Eso, al fiscal.
Más ya vé usted que le alojan
con toda comodidad.

D. CÉS. Lo estimo.

ELOY. Por esta sala
se puede usted pasear.

D. CÉS. ¡Oiga!

ELOY. Y usar á su arbitrio
de aquella puerta, que da
á un bonito gabinete
con alcoba muy capaz...

D. CÉS. Celebro...

ELOY. Mas por la otra
será inútil que usted...

D. CÉS. Ya.

ELOY. Pretenda salir...

D. CÉS. Entiendo.

ELOY. Porque le dirán: ¡atrás!

D. CÉS. (¡Destino cruel!)

ELOY. *(Iba á salir y se detiene.)*
¡Ah! De órden
de la superioridad,
será usted tratado aquí
lo mismo que un senescal.—
¿Cena usted?

D. CÉS. No.

ELOY. Chocolate
siquiera, ó té...

D. CÉS. (¡Rejalgar!)
Nada.

ELOY. Yo siento infinito...

D. CÉS. ¿Quiere usted dejarme en paz?

ESCENA II.

DON CÉSAR.

¡Adios planes, adios sueños
dorados!... ¡Fatalidad!
Apénas llego á Madrid
¡preso! Pues ¡digo! si van
ocho ó diez minutos ántes
atrapan á los demas;
pero ya, por dicha suya,
se habian ido. Del mal
el ménos.—Si no me engaño,
los que me han traido acá
son de la ronda de capa.—
Pero ¡qué arbitrariedad!
Primero entra un farisco,
y otros cinco ó seis detras;
me sorprenden, me amenazan...
¡Venga el pasaporte!—Ahí va.—
Dése usted preso.—¡Yo! ¿Quién
lo manda?—La Autoridad.—
Y sin mas explicaciones
me hacen ponerme el gaban,
me llevan á la escalera,
de la escalera al portal,
entran conmigo en un coche
dos de ellos y el capataz,
me dan el brazo—¡qué amables!—
con la misma urbanidad
ahora para subir
que entónces para bajar,
y aquí entre cuatro paredes
me dejan sin más ni más.
¡Oh despotismo! ¡Oh venganza!
¡Oh rencor!—Ello es verdad
que algo de esto sucedió
cuando yo mandaba.—¡Ya!;
pero entónces lo exigian
las circunstancias y las...,

¡Pues! Pero ahora, que ha vuelto
todo al estado normal...
¡Oh! ¿y quién me habrá denunciado?
Prudencio... No, no. ¿Él? ¡Jamas!
Los pasos me habrá seguido
algun agente sagaz...,
ó se ha ingerido en el club
algun espía venal...
Nada postra mi valor,
probado en la adversidad,
pero mil muertes prefiero
á este congojoso afan,
á esta amarga incertidumbre.
¿No hay para mí un tribunal?
¿Nadie viene á interrogarme?—
¡Si me pudiera escapar!...
¿Qué haré?... Escribiré á Prudencio...
No me lo permitirán.
(Tirando de un cordon de campanilla.)
Probemos, no obstante. Nada
se pierde por preguntar.

ESCENA III.

Don César.—Eloy.

Eloy. ¿Qué me manda usted?
D. Cés. Deseo
escribir.
Eloy. Es natural.
¿Á la familia?
D. Cés. Á un amigo...
Eloy. Á quien usted quiera. No hay
inconveniente... hasta ahora.
D. Cés. Gracias. (¡Tanta lenidad!...)
Eloy. En el gabinete hay luz,
papel, plumas de metal,
tinta... La oblea es inútil...
D. Cés. ¿Por qué?... Entiendo. (¡Oh suspicaz

tiranía!) Bien; no importa.
ELOY. Mi consigna...
D. CÉS. Bien está.
(Entra en el gabinete.)

ESCENA IV.

ELOY.—CRÍSPULA.—BERNABÉ.

ELOY. ¡Pobre señor! Me da lástima;
pero obediente y puntual
debo...
(Llegan por la puerta de la derecha Críspula y Bernabé.)
CRÍSP. Entra.
ELOY. (¡Calle! La huéspeda
y el sobrino... ¿Á qué vendrán?)
Salió el amo...
CRÍSP. Ya lo sé,
pero me permitirás...
Me he marchado sin dinero,
y lo tengo que sacar
de esa cómoda.
ELOY. Está bien.
(Yéndose.)
(Mi consigna es muy formal.
Siempre que el preso no salga,
puerta franca á los demas.)

ESCENA V.

CRÍSPULA.—BERNABÉ.

CRÍSP. *(Sacando una llave y abriendo la cómoda.)*
¡Guardar al irme la llave,
sin sacar ántes... ¡Qué enfado!
Tal olvido solo cabe
en un pecho enamorado.

BERN. ¡Eh! ¿Qué importan los dineros?
(Críspula saca una cartera, un bolsillo, luego la inscripcion del Banco, y lo guarda todo.)
(¡Billetes!) Amor es franco...
(¡Oro!) Le pintan en cueros...
CRISP. Las cien acciones del Banco.
BERN. (¡Hola!)
CRÍSP. Tu desinteres
te honra mucho, y me conmueve,
pero ese amor ya no es
el del siglo diez y nueve.
BERN. Se ha hecho ya muy sibarita
el niño, muy regalon;
cierto, pero eso no quita
que mi amante corazon...
CRÍSP. Lo creo, y no seré ingrata
á tanta fe.
BERN. ¡Dulce prenda!
CRÍSP. Los diamantes y la plata
ya están en la otra vivienda.
BERN. (¡Cáspita! Es un Midas; sí,...
con enaguas y corsé.)
CRÍSP. *(Cerrando la cómoda y guardando la llave.)*
Lo demas quédese aquí:
mañana lo llevaré.—
Y ahora volvamos al coche,
si te parece, bien mio.
BERN. Sí, sí; que es ya muy de noche...
(y por no ver á mi tio...)

ESCENA VI.

CRÍSPULA.—BERNABÉ.—DON CÉSAR.

D. CÉS. *(Saliendo del gabinete con una carta en la mano.)*
(La carta...)
CRÍSP. Oigo pasos...
(Volviendo la cabeza.)
¿Quién...

¡Ah!

BERN. (¡Un hombre aquí... Ella se pasma...)

D. CÉS. ¿Qué es lo que mis ojos ven?

CRÍSP. ¿De dónde sales, fantasma?

D. CÉS. ¡Es posible...

BERN. *(Á Críspula.)*
¿Qué te asombra?

CRÍSP. (*Para sí.*)
¿Será... Esa cara...

D. CÉS. Ese gesto...

CRÍSP. ¡Aparta, pálida sombra!

D. CÉS. ¡Críspula!

CRÍSP. ¡César!

BERN. ¿Qué es esto?

CRÍSP. De parte de Dios te mando
que, si eres muerto, lo digas.

BERN. ¡Él... ¡Cómo...

CRÍSP. Y si estás penando,
rezaré... ¡No me persigas!

D. CÉS. Sí, espectro soy para tí...

CRÍSP. ¡Cielo!

D. CÉS. Y tú la rencorosa
furia que se ceba en mí
aun bajo la fria losa.

CRÍSP. ¡Yo!

D. CÉS. Por tí caigo en poder
de mis contrarios.

CRÍSP. No creo...

D. CÉS. Por tí, implacable mujer,
me veo como me veo.

CRÍSP. No entiendo...

D. CÉS. Eres mi ángel malo.
¡Tú me has delatado, impía!

CRÍSP. ¿Yo?

D. CÉS. ¡Y me llevarás al palo!

CRÍSP. ¿Luego vives todavía?

D. CÉS. Vivo, mas no para tí:
ya lo he dicho.

CRÍSP. ¡Ah! Lo celebro.

D. CÉS. Ántes que yo te dé el sí
correrá hácia atras el Ebro.

CRÍSP. ¿Quién piensa en tales quimeras?

BERN. (Algo ha habido entre los dos.)

CRÍSP. ¡El sí! De mi lo quisieras.
Ya soy otra. Dios es Dios.
D. CÉS. ¿Otra? ¡Fácil es!
CRÍSP. No sé
qué has dicho de delacion;
mas tal cosa no soñé,
ni quiero tu perdicion.
Quiero, sí, traidor, que sepas
que la suerte, siempre vária,
ya á la dama á quien increpas
hizo rica,... ¡millonaria!
D. CÉS. ¿Qué importa? Aunque Dios te dé
los tesoros del Perú...
CRÍSP. Y mi mano es de otro, que...
(Mirando á Bernabé con ternura.)
la merece más que tú.
D. CÉS. ¡Oiga!
CRÍSP. Y con el mismo gozo
sin el oro me amaría.
(Á Bernabé.)
¿Sí?
BERN. Sí.
D. CÉS. ¡Lástima de mozo!
CRÍSP. ¡Cómo!
BERN. (Estoy en la agonia.)
CRÍSP. ¿Es envidia, ó caridad?
D. CÉS. ¡Yo envidia, y lleva contigo
mi mayor calamidad!—
Venga esa mano de amigo.
(Bernabé se la deja tomar aturdido y confuso.)
CRÍSP. ¡Insolente!
D. CÉS. Él á su turno
mártir será... ¡y más que yo!
CRÍSP. *(Con actitudes y tono de teatro.)*
¡Mónstruo!
D. CÉS. Ya calza el coturno.
BERN. ¡Caballero!...
D. CÉS. ¡Qué actriz! ¡Oh!
Tiene arrebatos soberbios.
CRÍSP. ¡Vil...
D. CÉS. Y otra gracia...
CRÍSP. ¡Jesús!...
D. CÉS. Son sus ataques de nervios...

(Viéndola tambalear.)
¡Eh, ya le da el patatús!
BERN. *(Sosteniéndola y volviendo á usar del pomo.)*
¡No, no por Dios!—¡Huele! ¡Sorbe!
CRÍSP. ¡Ay Dios!...
D. CÉS. ¡Se pierde una jaula...
CRÍSP. ¡Aire!
BERN. *(Abanicándola con el sombrero.)*
(¿A qué rincon del orbe
me iré yo con esta maula?)
CRÍSP. *(Incorporándose.)*
Basta..., y vámonos de aquí;
que de verle me horripilo.
(*Á don César, tomando el brazo de Bernabé.*)
¡Dios te confunda!
BERN. (¡Ay de mí!)
CRÍSP. *(Yéndose.)*
¡Tigre!
D. CÉS. ¡Infeliz!
CRÍSP. ¡Cocodrilo!

ESCENA VII.

D. CÉSAR.

Anda, y no vuelva yo á verte,
y otro te saque de penas;
que yo por tan triste suerte
no trocara mis cadenas.
Jóven, que tu cuello puedes
doblar á tal himeneo,
tú la fortaleza excedes
de Hércules y de Teseo.
Pero ya he dado en el hito:
por ser rica es tu deidad.
¡Oh vil interes maldito,
peste de la sociedad!
¡Ah! si tuvieras meollo,
desatentado garzon,
perdonarias el bollo
por ahorrarte el coscorron.—

¿Mas seguia, ó no, mi huella
esa mujer? ¿Á qué vino?
¿Cómo me encuentro con ella
cuando ménos lo imagino?
Si humillarme era su objeto
mostrando su Adónis pulcro,
¿por qué me juzgó esqueleto
desertor de mi sepulcro?
¿Cómo... Pero el tiempo vuela
y en cavilar lo prodigo.
(Haciendo sonar la campanilla.)
Lo que importa es que esta esquela
llegue á manos de mi amigo.

ESCENA VIII.

DON CÉSAR.—ELOY.

ELOY. ¿Qué...
D. CES. ¿Sabe usted dónde vive
don Prudencio Colmenar?
ELOY. Mucho. ¿Es él á quien escribe
usted?
D. CÉS. *(Dándole la carta.)*
Sí.
ELOY. Iré sin tardar.
¿Espero respuesta?
D. CÉS. Bien.
Gratificaré el mensaje...
ELOY. ¡Eh! No...
(Mirando á la puerta de la derecha.)
¡Calle! Ahi está...
D. CÉS. ¿Quién?
ELOY. *(Volviendo la carta á don César.)*
Tome usted. Me excuso el viaje.

ESCENA IX.

D. César.—Don Prudencio.

D. Ces. ¡Prudencio!
(Se echa en sus brazos.)
Ya no me quejo
de mi fortuna cruel,
pues tal consuelo me envia.
D. Prud. ¡César!
D. Cés. Preso estoy...
D. Prud. Lo sé.
D. Cés. Pensé al instante en mi amigo
predilecto...
D. Prud. Hiciste bien.
D. Cés. Te iba á enviar esta carta...
D. Prud. Sin ella te vengo á ver.
D. Cés. *(Dejando la carta sobre la mesa.)*
¿Cómo has sabido tan pronto
mi desventura? ¿Ó ya es
tan pública...
D. Prud. Tengo yo
mi policía tambien.
D. Cés. ¡Tú!... Y te sonríes... ¿Qué es esto?
D. Prud. ¿Y cómo no he de saber
que te han preso, si lo estás
en mi propia casa?
D. Cés. ¡Qué!
¿tú... acaso...
D. Prud. Tiene dos puertas...
y con la cochera, tres.
D. Cés. ¡Ah!...
D. Prud. Mira á dos calles...
D. Cés. Ya.
Pero ¿es tu casa cuartel
ó cárcel... Acaba; explícate,
Prudencio, ó sospecharé...
D. Prud. En una palabra, estás
preso de órden mia.

D. CÉS. ¡Infiel,
traidor....
D. PRUD. Nada de eso.
D. CÉS. ¡Infame
espía!...
D. PRUD. ¡Jesús!
D. CÉS. ¿Cuál pues
es tu oficio? ¿Con qué nombre,
dilo tú, designaré
al falso amigo que vende
mi secreto? ¿Eres mi juez
por ventura?
D. PRUD. Sí; algo hay de eso;
mas no es ese mi papel
principal.
D. CÉS. El de verdugo
quizá... Dilo de una vez.
D. PRUD. El de un amigo leal
que desde niño lo fué,
y mas que nunca lo es hoy
aunque con amarga hiel
le insultas.
D. CÉS. ¿Qué he de decir,
si veo...
D. PRUD. *(Con dulzura, sentándose en un sofá.)*
Siéntate..., ven...
(Se sienta D. César.)
y oye con calma.
D. CÉS. Ya te oigo.
D. PRUD. Yo te he mandado prender...
por salvarte.
D. CÉS. ¡Cómo!
D. PRUD. Ha sido
una farsa, un entremes.
Aquellos fieros sayones
eran mozos de almacen;
su jefe, mi mayordomo;
tu alcaide, un criado fiel.
D. CÉS. Pero...,
D. PRUD. Á no prenderte yo,
te hubiera preso despues
la justicia, y ya estarías
entre la turba soez

de ladrones y asesinos
con un grillo en cada pié.

D. Cés. ¿Qué oigo?

D. Prud. Al nombre que has tomado
tendrias que agradecer
esa ignominia.

D. Cés. ¿Qué dices!

D. Prud. Sí.

D. Cés. ¿En qué lo fundas?

D. Prud. En que es
el de un salteador, fugado
de la cárcel de Jaen...

D. Cés. ¡Qué horror!

D. Prud. Convicto y confeso
de cinco muertes ó seis.

D. Cés. ¡Cielos, y en Suiza pasaba
por honrado mercader...
¡Hé aquí uno de los males
de la emigracion!

D. Prud. ¡Ya ves!

D. Cés. ¡Con la máscara falaz
de patriotas, más de diez
pícaros alzan la frente
entre los hombres de bien!

D. Prud. Ya es forzoso que renuncies,
si no te quieres perder,
á ese nombre infame.

D. Cés. ¡Oh! sí,
sí; pero ¿cuál tomaré?

D. Prud. ¡Cuál! El tuyo.

D. Cés. Con el mio
caeré mas pronto en la red.

D. Prud. No... Ya eres libre.

D. Cés. ¡Yo libre!

D. Prud. La magnánima Isabel
te vuelve á su gracia.

D. Cés. Acato
su augusto nombre, y á fuer
de buen español, por ella
diera cien veces y cien
la vida; mas si es preciso
que se humille mi altivez...

D. Prud. Á nadie.—Pero se exige

de ti...
D. Cés. ¡Se exige!
D. Prud. Que dés...
D. Cés. Ya; garantías, fianzas...
D. Prud. Palabra de honor...
D. Cés. ¿De qué?
¿De echar un sello á mis lábios
ó decir á todo amén?
D. Prud. Solo de no conspirar...
D. Cés. *(Levantándose.)*
Pues ya me pueden prender.
D. Prud. *(Levantándose tambien.)*
¿Por qué?
D. Cés. Porque,—no lo puedo
remediar,—Conspiraré,
y lo que no he de cumplir
no lo quiero prometer.
D. Prud. ¡Qué temeridad, Dios mio!
Tú quieres que antes de un mes
te deporten á Ultramar,
ó te fusilen tal vez.—
Mas no lograrás tan bárbaro
deseo. Yo estorbaré...
D. Cés. ¡Cómo...
D. Prud. Todo está previsto.
Cerca de aqui, en Leganes,
se ha fundado un excelente
hospital de locos...
D. Cés. ¿Eh?
D. Prud. Y no he de ser yo quién soy,
¡te hago encerrar en él!
D. Cés. ¡Prudencio!
D. Prud. Pues ¡qué! ¿habrá muchos
que con mas motivo estén
sujetos allí? En mal hora
te tentó el alma Luzbel
con ese orgullo insensato,
con esa hidrópica sed
de mal entendida gloria.
¡Ah! todo viene de aquel
millon que te trajo en dote
tu malograda mujer.
D. Cés. ¡Vuelta á la cancion de siempre!

Tu alma, toda sencillez
y dulzura y mansedumbre,
nunca podrá comprender
los arranques de la mia.
Tú con el mismo nivel
mides la grama y el cedro,
el tomillo y el ciprés;
tú...

D. PRUD. Pero atiende á razones.
¿De nada te han de valer
ejemplos propios y ajenos?
¿Nunca harás alto—¡oh sandez!—
en esa vida azarosa
que te trae á mal traer?
Débil, demacrado, trémulo,
seca y rugosa la piel...
¿Quién dirá, César, que yo
te llevo dos años, quién?
¿Y á qué puedes ya aspirar,
como no quieras ser rey?
Te has sentado en las dos cámaras,
y puedes volverlo á hacer,
eres tres ó cuatro veces
excelentísimo...

D. CÉS. ¡Pche!
Cualquiera lo es ya.

D. PRUD. Ex-ministro

D. CÉS. ¡Ahi está el quid; en el *ex*!
Ahí está mi pesadilla,
mi tósigo, mi cordel.

D. PRUD. Deja la carga á otros hombros
que tengan mas robustez.
Descansa. Ya has trabajado
por la patria mucho y bien.
No codicies aquel lecho
de espinas...

D. CÉS. Tal lo llamé
algun dia, mas del labio
no pasaba mi desden.
¡Oh! tú no sabes, Prudencio,
lo que es gustar una vez
aun con mil y mil zozobras
las delicias del poder.

Aquel dorado sillon,
potro y todo, que lo es,
tiene mágicos resortes
que le hacen aparecer
al que en su mullido asiento
arrellanado se vé,
cuando no altar sacrosanto
al ménos régio dosel,
y aquella letal atmósfera,
que te haria perecer
á tí, embarga mis sentidos
con tan celeste embriaguez,
que creo aspirar en ella
los aromas del Eden.

D. PRUD. ¡Luego á conspirar te obligan
el despecho, no la fé;
el hábito, no el sistema
que quieres establecer;
no la salud de la patria,
sino tu propio interes!

D. CÉS. ¡Te atreves...

D. PRUD. Sí; tú lo has dicho.
Por la boca muere el pez.
(Cogiéndole afectuosamente ambas manos.)
¡César!, perdona esta ruda
sinceridad á tu buen
amigo, á tu tierno hermano.
¡Oh! bien me puedes creer;
no sondeo yo impasible
tu llaga; no. Yo tambien
padezco, y mucho, al cumplir
con tan penoso deber.
Cede á mis ardientes ruegos,
y no mas más bogue á merced
de los vientos y las olas
tu ya cascado bajel.
Yo venero el amor patrio
y le doy todo su prez,
y hasta excuso los errores
de los que yerran por él;
mas nunca fue de los héroes
muy numerosa la grey;
ni hay carteras para todos;

ni creo que es menester
para estar bien quisto un hombre
cegarse con su oropel;
ni es razon que el ciudadano
que una vez ministro fue
conspire y blasfeme y rabie
hasta que lo vuelva á ser.

D. CÉS. Todos nó...

D. PRUD. Pero ¡tú sí!
Y para que á tí te den
la poltrona ¿bastará
desearla? Más diré:
¿bastará que la merezcas?
¡César!, tú estas en Belen.
Trabajas...; bien: das el golpe...;
bravo: te sigue en tropel
la plebe, te victorea
y te alza sobre el paves;
¡magnífico! Pero el fruto,
como suele suceder,
te arrebata un intrigante,
que detras de la pared
esperó á que en su provecho
armases el somaten.

D. CÉS. En eso tienes razon
como soy César Garcés.
¡Ah! Si; en las revoluciones
¡cuántos zánganos se ven
que sin haberla labrado
se abalanzan á la miel!
Dolor sería lidiar
hasta morir ó vencer,
para que un advenedizo,
usurpándolo á mi sien,
en la suya—¡mal pecado!—
ciñese el verde laurel.

D. PRUD. ¡Oh, albricias! Ya la razon
triunfa. Abrázame...
(Le abraza, pero aun se muestra don César recalcitrante.)

D. CÉS. Deten...

D. PRUD. ¡Ba! ¡Si ya estás convencido...

D. CÉS. *(Con cómico despecho.)*

No me quiero convencer.

D. PRUD. *(Sin soltarle de los brazos.)*
Mira, César; yo no quiero
que te anules, que te estés
quieto en un rincon jugando
al rentoy ó al ajedrez;
no; aun puedes ser á la patria
muy útil con tu saber
y tu experiencia. Discute,
perora, escribe, sosten
tus opiniones políticas
en el campo de la ley...
En fin, no te pido más
que un poco de sensatez.
Honores, ya tienes hartos;
oro, yo te lo daré;
que á mí me sobra.

D. CÉS. ¡Jamas!

D. PRUD. ¡Qué hombre, qué hombre! No es merced;
es... restitucion. ¿Te acuerdas
del duro que te tomé
prestado...

D. CÉS. *(Algo conmovido.)*
¡Prudencio!

D. PRUD. ¿En mil
ochocientos treinta y tres?
Á él debo toda mi suerte.

D. CÉS. No; al trabajo, á tu honradez...

D. PRUD. Y al duro; y he de partir
contigo lo que gané;
que no ha de obrar un cristiano
como un hijo de Israel.

D. CÉS. Tanta generosidad
me confunde; pero...

D. PRUD. ¿Qué?

D. CÉS. Mas si tu noble sofisma
me ha podido enternecer,
tengo demasiado orgullo
para aprovecharme de él.

D. PRUD. *(Saltándosele las lágrimas.)*
¡Gran Dios!... ¿Tánto me aborreces,
que nada quieres deber
á mi amistad? Bien está.

Por fuerza yo no te haré
feliz; pero, á falta de otro,
¡tendrás, César, el placer
de hacerme á mí desdichado!

D. Cés. ¿Yo? ¡Á ti!... ¡Nunca!

D. Prud. Sí, cruel.
Tenia un plan que sería
la gloria de mi vejez...
y de la tuya...

D. Cés. ¡Ah! ¿Cuál? Dime...

D. Prud. Ya me daba el parabien...
¡Vana esperanza! ¡Ilusion!...
¿Quién me hubiera dicho ayer...

D. Cés. ¿Qué plan... Explícate; acaba...

D. Prud. Casar á mi hija...

D. Cés. *(Como adivinando.)*
¡Ah! ¿Con quién?

D. Prud. ¡Con tu Mauricio!

D. Cés. ¡Oh Dios mio!
El hijo que abandoné...

D. Prud. ¿No tenia en mí otro padre?
Es un apuesto doncel
que nos honra. ¡Es magistrado!

D. Cés. ¡Ah! ¿Cuándo te pagaré,
Prudencio amado...

D. Prud. Y mi Luisa
es ya toda una mujer.
(Llamando.)
¡Luisa!

ESCENA X.

Don Prudencio.—Don César.—Luisa.—Don Mauricio.

D. Prud. *(Abrazándola.)*
¡Mírala en mis brazos!

D. Cés. ¡Ah! ¿Y él...
(Mauricio, que ha seguido á Luisa, se arrodilla ante don César.)

D. Prud. ¡Mírale á tus piés!

D. Mau. ¡Padre!

D. CÉS. ¡Hijo del alma mia!
¡Levanta; ven á mis brazos!
(Se abrazan.)
D. MAU. ¡Oh grata sorpresa!
D. PRUD. Abraza
tambien á Luisa, al encanto
de mi vida.
D. PRUD. *(Abrazando á Luisa.)*
¡Oh! sí. ¡Qué linda!
LUISA. Bien venido sea á honrarnos
el amigo á quien mi padre
siempre amó como á un hermano.
D. CÉS. Gracias, adorable niña.—
¡Ya ves qué mústio y qué flaco
vuelvo á tus ojos, Mauricio!
D. MAU. ¡Ah! sí.
D. CÉS. ¡Tal vida he pasado!
(Frotándose las manos, y como halagado por su habituales ilusiones.)
Pero Dios mejorará
sus horas.
D. PRUD. *(Con inquietud.)*
¿Qué dices!
D. MAU. Harto
las mejora para mí,
pues da término á mi llanto
volviéndome vivo el padre
que muerto creí.
D. CÉS. ¡Siete años
sin verte! Mal padre he sido;
pero... ¡Oh recuerdos amargos!
D. PRUD. ¡Eh! ¿Por qué no los destierras?
LUISA. Dice bien papá: en su mano
de usted está el ser dichoso...
y que todos los seamos.
D. CÉS. ¡Yo!... Mi estrella...
D. PRUD. ¡Dale, bola!
(¡Aun me hará dar á los diablos
su resurreccion!)
D. CÉS. Mis émulos...
D. PRUD. En vez de estar muy ufano
con la boda...
D. CÉS. Y por ventura

¿me opongo á tan dulce lazo?
Yo les doy mi bendicion.
¿Quieres más?
D. MAU. Y yo declaro
que renuncio á tanta dicha,
aunque me acuse de ingrato
el generoso padrino
á quien debo cuanto valgo,
miéntras usted no desista
de proyectos temerarios.
D. CÉS. ¡Mauricio!
D. PRUD. ¡Esto nos faltaba!
LUISA. (¡Pues!, ahora que ya le amo
tan de véras...)
D. MAU. ¡Padre mio!,
perdóneme usted. Postrado
á sus piés...
D. CÉS. *(Deteniéndole.)*
¡Eh! no. Levanta.
D. MAU. Es error, es desacato
que á su padre dé lecciones
un hijo, y de pocos años;
mas cuando corre al abismo
¿le he de dejar, por un vano
respeto, precipitarse,
perderse? ¡No! Si no alcanzo
á persuadirle, otra vez
vestiré de luto amargo
el cuerpo y el corazon;
mas mi orgullo de hombre honrado,
mi deber de caballero,
y aun la fe con que idolatro
á la hija de mi constante
bienhechor, dictan al labio
tan dolorosa repulsa.
Sí; renuncio al nudo santo
en que cifraba mi gozo,
si otras arras no preparo
á mi dulce compañera
que angustias y sobresaltos,
y tal vez horrible duelo...
No, no; con tales presagios
mi boda fuera una infamia;

que á quien es tan desgraciado
no es lícito ser esposo
ni padre. ¡No, no me caso!

D. Cés. ¡Basta! No resisto más.
Se acabó el hombre de estado,
el tribuno... Me retiro
al cuartel de los inválidos;
quiero ser amigo y padre;
¡quiero ser feliz!

D. Prud. ¡Loado
sea Dios!

D. Cés. *(Á Luisa y á don Mauricio, abrazándolos uno despues de otro.)*
Ven, hija mia.
Ven tú. ¡Abrazadme! ¡Abrazáos!
(Se abrazan los dos jóvenes, y luego don Prudencio y don César.)
¡Prudencio!—¡Venciste al fin!

D. Prud. ¡Trabajillo me ha costado!

D. Mau. ¡Luisa!

Luisa. ¡Mauricio!

D. Mau. ¡Oh ventura!

D. Cés. De hoy más, todo me consagro
á vosotros...

Bern. *(Dentro.)*
¡Tio!

D. Prud. ¡Calle!
¡Bernabé... Pues ¿cómo...

ESCENA XI.

Don César.—Don Prudencio.—Luisa.—Don Mauricio.—Bernabé.

Bern. ¡Bravo!
Los los padres...; los dos hijos...
¡Buen grupo! ¡Bello espectáculo!

D. Prud. Cierto; y tú vendrás tal vez
á desentonar el cuadro.

Bern. ¿Yo? No, señor; ni por pienso;
y en prueba de lo contrario,

deme usted su bendicion,
porque esta noche me marcho.

D. PRUD. ¿Con Críspula?

BERN. ¡Dios me libre!

D. PRUD. ¡Qué escucho!...

BERN. Vengo escapado.

D. CÉS. ¡Cómo!...

BERN. Me frien sus dengues,
y me encocoran sus raptos
histriónicos, y me abruman,
me aniquilan sus desmayos.
¡Qué pécora!... Y ¿creerá usted,—
me estremezco de pensarlo,—
creerá usted, tio de mi alma,
que ántes de darme su mano
aquella esfinge, me impone
seis meses de noviciado?
Y que he de ser su galan
hasta que fenezca el plazo;
y me ha de lucir...—¡lo ha dicho!—
en la ópera, en el Prado,
en la fuente Castellana...—
¡Santo Dios!—; y hacerme blanco
de gacetillas y apodos
y pullas... ¡Horror! ¡Escándalo!

D. PRUD. ¡Pobre Bernabé! Celebro
que te hayas emancipado;
y más siendo culpa mia;
que preciso es confesarlo,
el riesgo de que te acabas
de librar por un milagro.

BERN. ¡*Vade retro*! Á tanta costa
no quiero ser millonario.

D. PRUD. Ya se ve, yo no esperaba
que tan de golpe y porrazo...

BERN. ¡Oh! no crea usted que estoy
resentido... Antes aplaudo
la aventura, pues me ha abierto
los ojos... Sí; yo era un trasto,
lo confieso, presumido,
petulante, con los cascos
á la jineta... Ya soy
otro hombre, y sabré probarlo.

D. PRUD. ¡Es posible...
BERN. ¡Adios! Me vuelvo
á Santander. Ya he tomado
un billete de cupé.
D. PRUD. ¿Estás en tu juicio? ¿Y cuándo...
BERN. Esta misma noche; dentro
de un cuarto de hora.
D. PRUD. ¡Muchacho!
¿No te quedarás siquiera
á la boda...
BERN. ¡Guarda, Pablo!
Las galas, los parabienes,
los festines, los regalos
me harian reincidir
en mis antiguos resabios.
(Conmovido.)
Y no porque no celebre
muy de corazon el casto
nudo...
(Á Mauricio, y le aprieta la mano.)
¡Toque usté esos huesos!
D. MAU. Con mucho gusto.
D. CÉS. (¡Qué guapo
mozo!...)
BERN. *(Pidiendo á Luisa la mano.)*
Prima,... si soy digno...
LUISA. *(Enternecida y dándole la mano.)*
¿No lo has de ser?...
D. PRUD. *(Enjugándose las lágrimas.)*
(¡Voto al chápiro...
Me enternece... ¡y me embelesa!)
BERN. *(Abrazando á su tio, y dispuesto á partir.)*
¡Adios!
D. PRUD. Pero, atolondrado,
¿te vas sin dinero...
(Sacando un bolsillo.)
Toma...
BERN. No, señor. Para los gastos
del camino, aun tengo aquí
siete duros y unos cuartos,
y me sobra la mitad.
D. PRUD. *(Insistiendo en darle el bolsillo.)*
Pero...

BERN. ¡Nada; ni un ochavo!
D. PRUD. ¡Hombre...
BERN. ¡Ah! sí; présteme usted
un duro.
D. PRUD. ¡Un duro!... ¡Ah! ya caigo.
(Dándole un duro.)
Tómalo, hijo mio.—Pero
si te has propuesto emplearlo
en fósforos, mal harás;
que ya se ha vulgarizado
mucho esa industria.
BERN. No, tio.
Como un talisman lo guardo,
como una reliquia santa
del bienhechor, del oráculo
de mi familia.
D. CÉS. *(Conmovido.)*
¡De todos!
BERN. Como emblema, en fin, y lauro
de la más noble riqueza,
porque es hija del trabajo
y de la virtud. ¡Adios!

ESCENA ULTIMA.

DON PRUDENCIO.—DON CÉSAR.—LUISA.—DON MAURICIO.

D. PRUD. ¡Pobre chico! ¡Qué entusiasmo
y qué fé! Yo le prometo
digna recompensa... Vamos,
venid... Quiero improvisar
esta noche un gaudeamus
en albricias de mi triunfo,
¡de mi gloria! Hoy no me cambio
ni por César...;
(Mirando á don César y sonriéndose.)
el de Roma,
ni por Alejandro magno.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 31 de Octubre de 1853.

Antonio Benavides.